



ABRIR

*las ciencias
sociales*

IMMANUEL WALLERSTEIN
(COORDINADOR)

*Comisión Gulbenkian para la
reestructuración de las ciencias sociales*

Immanuel Wallerstein (presidente)

CALESTOUS JUMA • EVELYN FOX KELLER

JÜRGEN KOCKA • DOMINIQUE LECOURT

V.Y. MUDIMBE • KINHIDE MUSHAKOJI

ILYA PRIGOGINE • PETER J. TAYLOR

MICHEL-ROLPH TROUILLOT

RICHARD LEE (SECRETARIO CIENTÍFICO)



ÍNDICE

PREFACIO	1
1. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES DESDE EL SIGLO XVIII HASTA 1945	3
2. DEBATES EN LAS CIENCIAS SOCIALES, DE 1945 HASTA EL PRESENTE	37
3. ¿QUÉ TIPO DE CIENCIA SOCIAL DEBEMOS CONSTRUIR AHORA?	76
4. CONCLUSIÓN: LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES	102

PREFACIO

En la segunda mitad de la década de 1980, la Fundación Calouste Gulbenkian patrocinó lo que llegó a ser la primera y muy fructífera fase del proyecto “Portugal 2000”, que generó un conjunto valioso de reflexiones sobre el marco y los principales puntos relacionados con la posible o probable trayectoria de la nación portuguesa en el amanecer del siglo XXI. Esos pensamientos e investigaciones han sido publicados en portugués en la serie “Portugal. Los próximos veinte años”.

Mientras se desarrollaba esa iniciativa, la Fundación trató de apoyar las reflexiones y los trabajos sobre temas de índole global y problemas cuya consideración y solución eran consideradas esenciales para la búsqueda común de un futuro mejor para la sociedad. En ese contexto parecía apropiado examinar las ciencias sociales y el papel que desempeñan, tanto en términos de las relaciones entre las distintas disciplinas como en la relación de todas ellas con las humanidades y las ciencias sociales. De hecho, las grandes realizaciones intelectuales de los últimos treinta o cuarenta años que condujeron al moderno estudio de la vida y la ciencia de la complejidad, la reciente necesidad de “contextualización” de universalismos en relación con el diálogo cada vez mayor entre culturas, y el aumento de la educación universitaria desde fines de la década de 1950 fueron factores que tuvieron gran influencia en la práctica de los científicos sociales, lo que deja muy poco espacio para las preocupaciones de naturaleza estructural y organizacional.

Dicho de otro modo: la superación de la actual estructura de la disciplina ¿no debe ser considerada como un dilema central de las ciencias sociales en el estado actual de su evolución?

Fue por eso por lo que la Fundación Calouste Gulbenkian recibió con beneplácito la propuesta del profesor Immanuel Wallerstein, director del Fernand Braudel Center de la Universidad de Binghamton, para dirigir el esfuerzo intelectual de un grupo internacional de estudiosos sumamente distinguidos —seis de las ciencias sociales, dos de las ciencias naturales y dos de las humanidades— en una reflexión sobre el presente y el futuro de las ciencias sociales.

La Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales se creó en julio de 1993 con el profesor Wallerstein como presidente. Su composición refleja tanto la profundidad como la amplia perspectiva necesarias para alcanzar el análisis que se presenta en el texto que sigue.

Abrir las ciencias sociales es un libro serio, generoso y provocativo que presenta fielmente la atmósfera y la vivacidad de los trabajos de la Comisión Gulbenkian durante los dos años que siguieron a su creación. Se celebraron tres reuniones plenarias, la primera en la sede central en Lisboa en junio de 1994, la segunda en la Maison de Sciences de l'Homme en París en enero de 1995, y la tercera en el Fernand Braudel Center en Binghamton en abril de 1995.

El nivel intelectual de *Abrir las ciencias sociales* se debe principalmente a la capacidad de los eminentes individuos que formaron parte de la Comisión, pero el resultado final habría sido imposible sin el entusiasmo, la determinación y las cualidades de dirección de Immanuel Wallerstein, y también este hecho debe ser reconocido y agradecido aquí.

Fundación Calouste Gulbenkian

1. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES DESDE EL SIGLO XVIII HASTA 1945

Pensar la vida como un problema inmenso, una ecuación o más bien una familia de ecuaciones parcialmente dependientes, parcialmente independientes, unas de otras entendiendo que esas ecuaciones son muy complejas y llenas de sorpresas, y que a menudo somos incapaces de descubrir sus "raíces".

FERNAND BRAUDEL*

La idea de que podemos reflexionar de forma inteligente sobre la naturaleza de los seres humanos, sus relaciones entre ellos y con las fuerzas espirituales y las estructuras sociales que han creado, y dentro de las cuales viven, es por lo menos tan antigua como la historia registrada. Son los temas que se examinan en los textos religiosos recibidos y también en los textos que llamamos filosóficos, aparte de la sabiduría oral transmitida a través de las edades, que a menudo en algún momento llega a ser escrita. Sin duda, buena parte de esa sabiduría es resultado de una selección inductiva de la plenitud de la experiencia humana en una u otra parte del mundo en periodos larguísimos, aun cuando los resultados a menudo se presentan en forma de revelación o deducción racional de algunas verdades inherentes y eternas.

* Prefacio a Charles Morazé, *Les bourgeois conquérants*, París, Armand Colin, 1957.

Lo que hoy llamamos ciencia social es heredera de esa sabiduría, pero es una heredera distante, que a menudo no reconoce ni agradece, porque la ciencia social se definió conscientemente a sí misma como la búsqueda de verdades que fueran más allá de esa sabiduría recibida o deducida. La ciencia social es una empresa del mundo moderno; sus raíces se encuentran en el intento, plenamente desarrollado desde el siglo XVI y que es parte inseparable de la construcción de nuestro mundo moderno, por desarrollar un conocimiento secular sistemático sobre la realidad que tenga algún tipo de validación empírica. Esto fue lo que adoptó el nombre de *scientia*, que significaba simplemente conocimiento. Desde luego también la palabra filosofía, etimológicamente, significa conocimiento, o más bien amor al conocimiento.

La llamada visión clásica de la ciencia, que predomina desde hace varios siglos, fue constituida sobre dos premisas. Una era el modelo newtoniano en el cual hay una simetría entre el pasado y el futuro. Era una visión casi teológica: al igual que Dios, podemos alcanzar certezas, y por lo tanto no necesitamos distinguir entre el pasado y el futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno. La segunda premisa fue el dualismo cartesiano, la suposición de que existe una distinción fundamental entre la naturaleza y los humanos, entre la materia y la mente, entre el mundo físico y el mundo social/espiritual. Cuando Thomas Hooke redactó, en 1663, los estatutos de la Royal Society, inscribió como su objetivo el de "perfeccionar el conocimiento de las cosas naturales y de todas las artes útiles, manufacturas, prácticas mecánicas, ingenios e invenciones por experimento", agregando la frase: "sin ocuparse de teología, metafísica, moral, política, gramática, retórica o ló-

gica.”¹ Esos estatutos encarnaban ya la división de los modos de conocer, en lo que C. P. Snow después llamaría las “dos culturas”.

La ciencia pasó a ser definida como la búsqueda de las leyes naturales universales que se mantenían en todo tiempo y espacio. Alexandre Koyré, siguiendo la transformación de los conceptos europeos del espacio desde el siglo XV hasta el XVIII observa:

El Universo infinito de la nueva Cosmología, infinito en Duración así como en Extensión, en el que la materia eterna, de acuerdo con leyes eternas y necesarias, se mueve sin fin y sin objeto en el espacio eterno, heredó todos los atributos ontológicos de la divinidad. Pero sólo éstos; todos los demás se los llevó consigo la divinidad con su marcha.²

Los otros atributos del dios que se había ido eran, por supuesto, los valores morales de un mundo cristiano, como amor, humildad y caridad. Koyré no menciona aquí los valores que vinieron a ocupar su lugar, pero sabemos que el dios que se había ido no dejó tras de sí un vacío moral. Si los cielos se alejaron en forma casi ilimitada, lo mismo ocurrió con las ambiciones humanas. La palabra operativa pasó a ser progreso —dotada ahora del recién adquirido sentimiento de infinitud, y reforzada por las realizaciones materiales de la tecnología.

El “mundo” del que habla Koyré no es el globo terrestre sino el cosmos, en realidad se podría sostener que en ese mismo periodo la percepción del espacio terrestre en el mundo occidental estaba pa-

¹ Cit. en Sir Henry Lyons, *The Royal Society, 1660-1940*, Nueva York, Greenwood Press, 1968, p. 41.

² Alexandre Koyré, *Del mundo cerrado al universo infinito*, México, Siglo XXI, 1979, p. 256.

sando por una transformación en dirección contraria hacia la finitud. Para la mayoría de la gente sólo con los viajes de descubrimiento, que atravesaron el globo, la tierra llegó a cerrarse en su forma esférica. Es cierto que la circunferencia de esa esfera era mucho mayor que lo que imaginaba Colón, pero sin embargo era finita. Y además, con el uso y con el tiempo esos mismos viajes de descubrimiento establecieron las rutas comerciales y las subsecuentes divisiones del trabajo ampliadas, que acortarían constantemente las distancias sociales y temporales.

Sin embargo esa finitud de la tierra no era, por lo menos hasta hace muy poco, fuente de desánimo. El ideal y la visión de un progreso ilimitado extraía fuerza de la infinitud del tiempo y del espacio, pero la realización práctica del progreso en los asuntos humanos por medio del avance tecnológico dependía de la cognoscibilidad y explorabilidad del mundo, de la confianza en su finitud en ciertas dimensiones clave (especialmente su epistemología y geografía). De hecho en general se suponía que para lograr el progreso era necesario que nos libráramos completamente de todas las inhibiciones y de las limitaciones en nuestro papel de descubridores dispuestos a descubrir los secretos más íntimos y a utilizar los recursos de un mundo alcanzable. Hasta el siglo XX parecería que la finitud de la esfera terrestre había servido principalmente para facilitar las exploraciones y la explotación requeridas por el progreso, y para hacer prácticas y realizables las aspiraciones de Occidente al dominio. En el siglo XX, cuando las distancias terrestres llegaron a encogerse hasta un nivel que parecía constrictivo, las limitaciones fueron invocadas incluso como incentivo adicional para las exploraciones, siempre más hacia arriba y hacia afuera, necesarias para expandir aun más esa esfera de do-

minio. En suma, nuestra vivienda pasada y presente empezó a parecerse cada vez menos al hogar y cada vez más a una plataforma de lanzamiento, el lugar desde el cual nosotros, como hombres (y también unas pocas mujeres) de ciencia, podíamos lanzarnos al espacio, estableciendo una posición de dominio sobre una unidad cada vez más cósmica.

Progreso y descubrimiento podrían ser las palabras clave, pero hacen falta otros términos —ciencia, unidad, simplicidad, dominio e incluso “el universo”— para completar el lexicón. La ciencia natural, tal como se entendía en los siglos XVII y XVIII, derivaba principalmente del estudio de la mecánica celeste. Al principio los que intentaban establecer la legitimidad y prioridad de la búsqueda científica de las leyes de la naturaleza no hacían mayor distinción entre ciencia y filosofía. En la medida en que distinguían los dos dominios pensaban en ellos como aliados en la búsqueda de una verdad secular, pero a medida que el trabajo experimental y empírico pasó a ser cada vez más importante para la visión de la ciencia, la filosofía comenzó a aparecer para los científicos naturales cada vez más un mero sustituto de la teología, igualmente culpable de afirmaciones *a priori* de verdades imposibles de poner a prueba. Para el comienzo del siglo XIX la división del conocimiento en dos campos ya había perdido el sentimiento de que los dos eran esferas “separadas pero iguales”, adquiriendo en cambio un sabor jerárquico, por lo menos a los ojos de los científicos naturales —conocimiento cierto (ciencia), distinto de un conocimiento que era imaginado e incluso imaginario (lo que no era ciencia). Finalmente, en el inicio del siglo XIX el triunfo de la ciencia fue consagrado por la lingüística: el término ciencia, sin adjetivo calificativo, pasó a ser identificado principalmente (y a menudo exclusivamente) con la ciencia

natural.³ Ese hecho marcó la culminación de la ciencia natural de adquirir para sí una legitimidad socio-intelectual totalmente separada e incluso en oposición a otra forma de conocimiento llamada filosofía.

La ciencia, es decir la ciencia natural, estaba mucho más claramente definida que su alternativa, para la cual el mundo nunca se ha puesto de acuerdo en un nombre único. A veces llamada las artes, a veces las humanidades, a veces las letras o las bellas letras, a veces la filosofía y a veces incluso la cultura, o en alemán *Geisteswissenschaften*, la alternativa de la "ciencia" ha tenido un rostro y un énfasis variables, una falta de coherencia interna que no ayudó a sus practicantes a defender su caso ante las autoridades, especialmente debido a su aparente incapacidad de presentar resultados "prácticos". Porque había empezado a estar claro que la lucha epistemológica sobre qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre quién controlaría el conocimiento sobre la naturaleza (para el siglo XVIII estaba claro que los científicos naturales habían ganado los derechos exclusivos sobre ese campo) sino sobre quién controlaría el conocimiento sobre el mundo humano.

La necesidad del estado moderno de un conocimiento más exacto sobre el cual basar sus decisiones había conducido al surgimiento de nuevas categorías de conocimiento desde el siglo XVIII, pero esas categorías todavía tenían definiciones y fronteras incier-

³ Esto es claro tanto en inglés como en las lenguas romances. Es menos claro en alemán, donde el término *Wissenschaft* sigue siendo usado como término general para el conocimiento sistemático, y donde lo que en inglés se llama "humanities" [y en español, humanidades] se llama *Geisteswissenschaften*, que traducido literalmente significa conocimiento de temas espirituales o mentales.

tas. Los filósofos sociales empezaron a hablar de "física social", y los pensadores europeos comenzaron a reconocer la existencia de múltiples tipos de sistemas sociales en el mundo ("¿cómo se puede ser persa?") cuya variedad requería una explicación. Fue en ese contexto como la universidad (que en muchos sentidos *había sido una institución moribunda* desde el siglo XVI, como resultado de haber estado demasiado estrechamente unida a la iglesia antes de esa fecha) revivió a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX como principal sede institucional para la creación de conocimiento.

La universidad revivió y se transformó. La facultad de teología perdió importancia y en ocasiones desapareció completamente o fue sustituida por un mero departamento de estudios religiosos dentro de la facultad de filosofía. La facultad de medicina conservó su papel como centro de capacitación en un campo profesional específico, ahora enteramente definido como conocimiento científico aplicado. Fue principalmente dentro de la facultad de filosofía (y en mucho menor grado en la facultad de derecho) donde se construyeron las modernas estructuras del conocimiento. Era a esa facultad (que en muchas universidades se mantuvo estructuralmente unificada, aunque en otras se subdividió) que ingresaban los estudiantes tanto de las artes como de las ciencias naturales, y fue allí que construyeron sus múltiples estructuras disciplinarias autónomas.

La historia intelectual del siglo XIX está marcada principalmente por esa disciplinarización y profesionalización del conocimiento, es decir, por la creación de estructuras institucionales permanentes diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento como para reproducir a los productores de conocimiento. La creación de múltiples disciplinas se basaba en la creen-

cia de que la investigación sistemática requería una concentración hábil en las múltiples zonas separadas de la realidad, la cual había sido racionalmente dividida en distintos grupos de conocimientos. Esa división racional prometía ser eficaz, es decir intelectualmente productiva. Las ciencias naturales no habían esperado la resurrección de la universidad para establecer algún tipo de vida institucional autónoma, habían sido capaces de reaccionar antes porque tenían la capacidad de solicitar apoyo social y político con base en su promesa de producir resultados prácticos de utilidad inmediata. El ascenso de las academias reales en los siglos XVII y XVIII y la creación de las *grandes écoles* por Napoleón, reflejaban la disposición de los gobernantes para promover las ciencias sociales. Quizá los científicos naturales no tenían necesidad de las universidades para continuar con su trabajo.

Fueron más bien los que no eran científicos naturales —los historiadores, anticuarios, estudiosos de literaturas naturales— los que más hicieron por resucitar a las universidades durante el siglo XIX, utilizándolos como mecanismo para obtener apoyo del estado para sus trabajos eruditos. Ellos atrajeron a los filósofos naturales hacia las nacientes estructuras universitarias para beneficiarse del perfil positivo que éstas poseían, pero el resultado fue que desde entonces las universidades pasaron a ser la sede principal de la continua tensión entre las artes o humanidades y las ciencias, que ahora se definían como modos de conocimiento muy diferentes, y para algunos antagónicos.

En muchos países, y ciertamente en Gran Bretaña y en Francia, el trastorno cultural provocado por la Revolución francesa impuso cierta clarificación del debate. La presión por la transformación política y

social había adquirido una urgencia y una legitimidad que ya no resultaba fácil contener mediante la simple proclamación de teorías sobre un supuesto orden natural de la vida social. En cambio, muchos —sin duda con esperanzas de limitarlo— sostenían que la solución consistía más bien en organizar y racionalizar el cambio social que ahora parecía inevitable en un mundo en el que la soberanía del “pueblo” iba rápidamente convirtiéndose en la norma. Pero para organizar y racionalizar el cambio social primero era necesario estudiarlo y comprender las reglas que lo gobernaban. No sólo había espacio para lo que hemos llegado a llamar ciencia social, sino que había una profunda necesidad social de ella. Además, parecía coherente que si se intentaba organizar un nuevo orden social sobre una base estable, cuanto más exacta (o “positiva”) fuese la ciencia tanto mejor sería lo demás. Esto era lo que tenían presente muchos de los que empezaron a echar las bases de la ciencia social moderna en la primera mitad del siglo XIX, especialmente en Gran Bretaña y en Francia, cuando se volvieron hacia la física newtoniana como modelo a seguir.

Otros, más interesados en volver a tejer la unidad social de los estados, que habían sufrido violentos trastornos sociales o estaban amenazados por ellos, se volvieron hacia la elaboración de relatos históricos nacionales con el objeto de dar un soporte a nuevas o potenciales soberanías, relatos que sin embargo ahora no eran tanto biografías de príncipes como de “pueblos”. La reformulación de la “historia” como *geschichte* —lo que ocurrió, lo que ocurrió *en realidad*— debía darle credenciales impecables. La historia dejaría de ser una hagiografía para justificar a los monarcas y se convertiría en la verdadera historia del pasado explicando el presente y ofreciendo las bases

para una elección sabia del futuro. Ese tipo de historia (basada en la investigación empírica de archivos) se unió a las ciencias social y natural en el rechazo de la "especulación" y la "deducción" (prácticas calificadas de pura "filosofía"). Pero precisamente porque ese tipo de historia estaba interesada en las historias de los pueblos, cada una empíricamente diferente de la otra, veía con desconfianza e incluso con hostilidad los intentos de los exponentes de la nueva "ciencia social" de generalizar, es decir, de establecer leyes generales de la sociedad.

En el curso del siglo XIX las diversas disciplinas se abrieron como un abanico para cubrir toda una gama de posiciones epistemológicas. En un extremo se hallaba primero la matemática (actividad no empírica), y a su lado las ciencias naturales experimentales (a su vez en una especie de orden descendente de determinismo —física, química, biología). En el otro extremo estaban las humanidades (o artes y letras), que empezaban por la filosofía (simétrica de la matemática como actividad no empírica) y junto a ella el estudio de prácticas artísticas formales (literatura, pintura, escultura, musicología), y llegaban a menudo en su práctica muy cerca de la historia, una historia de las artes. Y entre las humanidades y las ciencias naturales así definidas quedaba el estudio de las realidades sociales con la historia (idiográfica) más cerca de las facultades de artes y letras, y a menudo parte de ellas, y la "ciencia social" (nomotética) más cerca de las ciencias naturales. A medida que la separación del conocimiento en dos esferas diferentes cada una con un énfasis epistemológico diferente, que se endurecía cada vez más, los estudiantes de las realidades sociales quedaron atrapados en el medio, y profundamente divididos en torno a esos problemas epistemológicos.

Todo esto, sin embargo, estaba ocurriendo en un contexto en el que la ciencia (newtoniana) había triunfado sobre la filosofía (especulativa), y por lo tanto había llegado a encarnar el prestigio social en el mundo del conocimiento. Esa división entre la ciencia y la filosofía había sido proclamada como un divorcio por Auguste Comte, aunque en realidad representaba principalmente el repudio de la metafísica aristotélica y no del interés filosófico en sí. Sin embargo, los problemas planteados parecían reales: ¿hay leyes deterministas que gobiernan el mundo?, ¿o hay un lugar y un papel para la invención y la investigación (humanas)? Además, los problemas intelectuales tenían presuntas implicaciones políticas. Políticamente el concepto de leyes deterministas parecía ser mucho más útil para los intentos de control tecnocrático de movimientos potencialmente anarquistas por el cambio, y políticamente la defensa de lo particular, lo no determinado y lo imaginativo parecía ser más útil, no sólo para los que se resistían al cambio tecnocrático en nombre de la conservación de las instituciones y tradiciones existentes, sino también para los que luchaban por posibilidades más espontáneas y radicales de introducir la acción humana en la esfera sociopolítica. En ese debate, que fue continuo pero desequilibrado, el resultado en el mundo del conocimiento fue que la ciencia (la física) fue colocada en todas partes en un pedestal y en muchos países fue relegada a un rincón aún más pequeño del sistema universitario. Eventualmente, en respuesta, algunos filósofos redefinieron sus actividades en formas más acordes con la ética científica (la filosofía analítica de los positivistas de Viena).

Se proclamó que la ciencia era el descubrimiento de la realidad objetiva utilizando un método que nos

permitía salir *fuera* de la mente, mientras se decía que los filósofos no hacían más que meditar y escribir sobre sus meditaciones. Esa visión de la ciencia y la filosofía fue afirmada con mucha claridad por Comte en la primera mitad del siglo XIX, cuando se propuso establecer las reglas que gobernarían el análisis del mundo social. Al revivir el término "física social", Comte expresaba claramente su interés político: quería salvar a Occidente de la "corrupción sistemática" que había llegado a ser "entronizada como instrumento indispensable del gobierno" debido a la "anarquía intelectual" manifiesta desde la Revolución francesa. En su opinión, el partido del orden se basaba en doctrinas superadas (católica y feudal), mientras que el partido del movimiento tomaba como base tesis puramente negativas y destructivas tomadas del protestantismo. Para Comte la física social permitiría la reconciliación del orden y el progreso al encomendar la solución de las cuestiones sociales a "un pequeño número de inteligencias de élite" con educación apropiada. De esa forma, la Revolución francesa "terminaría" gracias a la instalación de un nuevo poder espiritual. Así quedaba clara la base tecnocrática y la función social de la nueva física social.

En esa nueva estructura de conocimiento los filósofos pasarían a ser, en una fórmula célebre, los "especialistas en generalidades". Esto significaba que aplicarían la lógica de la mecánica celeste (que había llegado a la perfección en la versión de Laplace del prototipo newtoniano) al mundo social. La ciencia positiva se proponía representar la liberación total de la teología, la metafísica y todos los demás modos de "explicar" la realidad. "Entonces, nuestras investigaciones en todas las ramas del conocimiento, para ser positivas, deben limitarse al estudio de hechos reales

sin tratar de conocer sus causas primeras ni propósitos últimos.”⁴

John Stuart Mill, contraparte inglesa y corresponsal de Comte, no habló de ciencia positiva sino de ciencia exacta, pero mantuvo igual el modelo de la mecánica celeste: “[La ciencia de la naturaleza humana] está lejos de alcanzar los estándares de exactitud que hoy se alcanzan en astronomía, pero no hay razón para que no pueda ser tan científica como el estudio de las mareas, o como lo era la astronomía cuando sus cálculos sólo habían alcanzado a dominar los fenómenos principales, pero no las perturbaciones.”⁵

Pero si bien era claro que la base de las divisiones dentro de las ciencias sociales estaba cristalizando en la primera mitad del siglo XIX, la diversificación intelectual reflejada en la estructura disciplinaria de las ciencias sociales sólo fue formalmente reconocida en las principales universidades, en las formas en que las conocemos hoy, en el periodo comprendido entre 1850 y 1914. Es obvio que en el periodo comprendido entre 1500 y 1850 ya existía una literatura sobre muchos de los asuntos centrales tratados por lo que hoy llamamos ciencia social —el funcionamiento de las instituciones políticas, las políticas macroeconómicas de los estados, las reglas que gobiernan las relaciones entre los estados, la descripción de sistemas sociales no europeos. Todavía leemos a Maquiavelo y a Bodin, a Petty y a Grotius, a los fisiócratas franceses y a los maestros de la Ilustración escocesa

⁴ Auguste Comte, *A discourse on the positive spirit*, Londres, William Reeves, 1903, p. 21.

⁵ John Stuart Mill, *A system of logic ratiocinative and interactive*, vol. VIII, de *Collected works of John Stuart Mill*, Toronto, University of Toronto Press, 1974, vol. VI, cap. III, par. 2, p. 846.

igual que a los autores de la primera mitad del siglo XVIII, desde Malthus y Ricardo hasta Guizot y Tocqueville o Herder y Fichte. Incluso tenemos en ese periodo estudios tempranos de desviaciones sociales, como el caso de Beccaria. Sin embargo, todo esto aún no era del todo lo que hoy entendemos por ciencia social, y todavía ninguno de esos estudiosos consideraba que operaba dentro del marco de lo que más tarde serían consideradas como disciplinas separadas.

La creación de las múltiples disciplinas de ciencia social fue parte del intento general del siglo XIX de obtener e impulsar el conocimiento "objetivo" de la "realidad" con base en descubrimientos empíricos (lo contrario de la "especulación"). Se intentaba "aprender" la verdad, no inventarla o intuir la. El proceso de institucionalización de este tipo de actividad de conocimiento no fue simple ni directo. Ante todo, al principio, no estaba claro si esa actividad iba a ser una sola o debería dividirse más bien en varias disciplinas, como ocurrió después. Tampoco estaba claro cuál era el mejor camino hacia ese conocimiento, es decir qué tipo de epistemología sería más fructífera o incluso más legítima. Y lo menos claro de todo era si las ciencias sociales podían ser consideradas en algún sentido como una "tercera cultura", situada "entre la ciencia y la literatura" en la formulación posterior de Wolf Lepenies. En realidad, ninguna de esas preguntas ha tenido hasta ahora una respuesta definitiva. Todo lo que podemos hacer es observar las decisiones prácticas que se tomaron, o las posiciones mayoritarias que tendieron a prevalecer.

Lo primero que debemos observar es dónde se produjo esa institucionalización. La actividad en la ciencia social durante el siglo XIX tuvo lugar principalmente en cinco puntos: Gran Bretaña, Francia, las Alemanias, las Italías y Estados Unidos. La mayor

parte de los estudiosos y la mayor parte de las universidades (aunque por supuesto no todos) estaban en esos cinco lugares. Las universidades de otros países no tenían el prestigio internacional y el peso numérico de las situadas en esos cinco. Hasta hoy, la mayoría de las obras del siglo XIX que todavía leemos fueron escritas en uno de esos cinco países. La segunda cosa que debemos observar es que en el curso del siglo se propusieron un gran número y diversos conjuntos de nombres de "temas" o "disciplinas". Sin embargo, para la primera guerra mundial había una convergencia o consenso general en torno a unos pocos nombres específicos, y los demás candidatos habían sido más o menos abandonados. Esos nombres, que examinaremos a continuación, eran principalmente cinco: historia, economía, sociología, ciencia política y antropología. Como veremos, a esta lista podemos agregar las ciencias orientales (llamadas en inglés orientalismos), a pesar del hecho de que tímidamente el grupo no se consideraba a sí mismo como ciencia social. Más adelante explicaremos por qué no incluimos en esa lista la geografía, la psicología y el derecho.

La primera de las disciplinas de la ciencia social que alcanzó una existencia institucional autónoma real fue la historia. Es cierto que muchos historiadores rechazaron vigorosamente el nombre de ciencia social, y algunos lo rechazan aún hoy. Nosotros sin embargo consideramos las disputas entre los historiadores y las otras disciplinas de las ciencias sociales como disputas *dentro* de la ciencia social, como trataremos de mostrar claramente en el curso de este trabajo. La historia desde luego era una práctica muy antigua, como lo es el propio término. Los relatos del pasado, y en particular las descripciones del pasado del propio pueblo, del propio estado, eran una acti-

vidad familiar en el mundo del conocimiento y la hagiografía siempre había sido estimulada por quienes se encontraban en el poder. Lo que distinguía a la nueva "disciplina" de la historia que se desarrolló en el siglo XIX fue el énfasis riguroso que ponía en la búsqueda *wie es eigentlich gewesen ist* ("lo que ocurrió en realidad"), en la famosa frase de Ranke. ¿A diferencia de qué? Sobre todo a diferencia del relato de historias imaginadas o exageradas para halagar a los lectores o para servir a los propósitos inmediatos de los gobernantes o de cualquier otro grupo poderoso.

Es imposible pasar por alto hasta qué punto el lema de Ranke refleja los temas utilizados por las "ciencias" en su lucha con la "filosofía" —el énfasis en la existencia de un mundo real que es objetivo y cognoscible, el énfasis en la evidencia empírica, el énfasis en la neutralidad del estudioso. Además el historiador, al igual que el científico natural, no debía hallar sus datos en escritos anteriores (la biblioteca, lugar de la lectura) o en sus propios procesos de pensamiento (el estudio, lugar de la reflexión), sino más bien en un lugar donde se podían reunir, almacenar, controlar y manipular datos exteriores (el laboratorio/el archivo, lugares de la investigación).

Ese común rechazo de la filosofía especulativa acercó a la historia y la ciencia como modos de conocimiento "moderno" (es decir no medievales). Pero como los historiadores también rechazaban la filosofía, en cuanto implicaba búsqueda de esquemas generales que permitieran explicar datos empíricos, sintieron que la búsqueda de "leyes" científicas del mundo social los llevaría de vuelta al error. Esta doble significación del rechazo de la filosofía por los historiadores explica cómo sus obras pudieron no sólo reflejar el nuevo predominio de la supremacía de la ciencia en el pensamiento europeo sino también

anunciar y proponer vigorosamente una posición idiográfica y antiteórica. Es por esto por lo que durante todo el siglo XIX la mayoría de los historiadores insistió en que pertenecían a las facultades de letras y en general trataron de evitar cualquier identificación con la nueva categoría, las ciencias sociales, que lentamente se iba poniendo de moda.

Si bien es cierto que algunos de los historiadores de comienzos del siglo XIX empezaron, con alguna visión de una historia universal (último vínculo con la teología), la combinación de sus compromisos idiográficos con las presiones sociales provenientes de los estados, así como de la opinión pública educada, empujó a los historiadores a escribir principalmente sus propias historias nacionales, con una definición de nación más o menos circunscrita por un movimiento hacia atrás en el tiempo, del espacio ocupado en el presente por las fronteras estatales existentes o en construcción. En todo caso, el énfasis de los historiadores en el uso de archivos, basado en un profundo conocimiento contextual de la cultura, hizo que la investigación histórica pareciera ser más válida cuando cada quien la realizaba en su propia casa. Así fue como los historiadores, que no habían querido seguir trabajando en la justificación de los reyes, se encontraron dedicados a la justificación de las "naciones" y a menudo de sus nuevos soberanos, los "pueblos".

No hay duda de que eso era útil para los estados, aunque sólo fuera indirectamente, en términos de reforzar su cohesión social. No los ayudaba a decidir políticamente con sabiduría sobre el presente, y ciertamente no ofrecían mucha sabiduría sobre las modalidades del reformismo racional. Entre 1500 y 1800 los diversos estados ya se habían acostumbrado a dirigirse a especialistas, en general empleados públicos, para que los ayudaran a crear política, particu-

larmente en sus momentos mercantilistas. Esos especialistas ofrecían su conocimiento bajo diversos títulos, como jurisprudencia (término antiguo) y ley de las naciones (término nuevo), economía política (también un término nuevo, que casi literalmente significaba macroeconomía en el nivel de las entidades políticas), estadísticas (otro término nuevo, que inicialmente hacía referencia a datos cuantitativos sobre los estados), y *Kameralwissenschaften* (ciencias administrativas). La jurisprudencia ya se enseñaba en las facultades de derecho de las universidades, y las *Kameralwissenschaften* pasaron a ser tema de cursos en universidades germánicas en el siglo XVIII. Sin embargo, es sólo en el siglo XIX cuando empezamos a encontrar una disciplina llamada economía, a veces en la facultad de derecho pero a menudo en la facultad (a veces ex facultad) de filosofía. Y debido a las teorías económicas liberales prevalecientes en el siglo XIX la frase "economía política" (popular en el siglo XVIII) desaparece para la segunda mitad del siglo XIX para ser sustituida por "economía". Al eliminar el adjetivo "política", los economistas podían sostener que el comportamiento económico era el reflejo de una psicología individual universal, y no de instituciones socialmente construidas, argumento que a continuación podía utilizarse para afirmar la naturalidad de los principios de *laissez-faire*.

Las suposiciones universalizantes de la economía hicieron que su estudio se orientara fuertemente hacia el presente y en consecuencia la historia económica quedó relegada a un lugar secundario en los estudios de economía y la subdisciplina de la historia económica se desarrolló en gran parte a partir de los estudios de historia (y en parte se separó de ellos), más que de los de economía. El único intento importante en el siglo XIX por desarrollar una ciencia social

que no era ni nomotética ni idiográfica sino más bien una búsqueda de las reglas que rigen temas sociales históricamente específicos fue la construcción en la zona germánica de un campo llamado *Staatswissenschaften*. Ese campo cubría (en el lenguaje actual) una mezcla de historia económica, jurisprudencia, sociología y economía —insistiendo en la especificidad histórica de diferentes “estados” y sin hacer ninguna de las distinciones disciplinarias que estaban empezando a utilizarse en Gran Bretaña y en Francia. El propio nombre *Staatswissenschaften* (“ciencias del estado”) indicaba que sus proponentes buscaban ocupar de alguna manera el mismo espacio intelectual que antes había cubierto la “economía política” en Gran Bretaña y en Francia, y por lo tanto la misma función de proporcionar conocimiento útil, por lo menos a largo plazo, para los estados. Esa invención disciplinaria floreció particularmente en la segunda mitad del siglo XIX pero por último sucumbió ante los ataques del exterior y los temores del interior. En la primera década del siglo XX la ciencia social alemana empezó a conformarse con las categorías disciplinarias en uso en Gran Bretaña y en Francia. Algunas de las figuras principales más jóvenes de la *Staatswissenschaften*, como Max Weber, tomaron la iniciativa de fundar la Sociedad Sociológica Alemana. Para la década de 1920 el término *Staatswissenschaften* había sido desplazado por *Sozialwissenschaften* (“ciencias sociales”).

Al mismo tiempo que la economía iba convirtiéndose en una disciplina establecida en las universidades —orientada hacia el presente y nomotética— se estaba inventando una disciplina totalmente nueva, con un nombre inventado: sociología. Para su inventor, Comte, la sociología debía ser la reina de las ciencias, una ciencia social integrada y unificada que

era "positivista" —otro neologismo creado por Comte. Sin embargo en la práctica la sociología como disciplina se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente gracias a la institucionalización y transformación dentro de las universidades de la obra de asociaciones de reforma social cuyo plan de acción había tendido principalmente a encarar el descontento y el desorden de las muy crecidas poblaciones de trabajadores urbanos. Al trasladar su trabajo al ambiente universitario esos reformadores sociales estaban en gran parte abandonando su papel activo en la presión por legislación inmediata. No obstante la sociología siempre ha conservado su preocupación por la gente común y por las consecuencias sociales de la modernidad. En parte con el objeto de consumir la ruptura con sus orígenes —las organizaciones de reforma social—, los sociólogos empezaron a cultivar el impulso positivista que, combinado con su orientación hacia el presente, los llevó también hacia el campo nomotético.

La ciencia política surgió como disciplina aún más tarde, no porque su tema, el estado contemporáneo y su política, fuera menos propicio para el análisis nomotético, sino principalmente debido a la resistencia de las facultades de derecho a renunciar a su monopolio en ese campo. La resistencia de las facultades de derecho ante ese tema podría explicar la importancia atribuida por los científicos políticos al estudio de la filosofía política, a veces llamada teoría política, por lo menos hasta la llamada revolución conductista del periodo posterior a 1945. La filosofía política permitió a la nueva disciplina de la ciencia política afirmar su posesión de un patrimonio que se remontaba a los griegos, e incluía a autores que siempre habían tenido un lugar asegurado en los planes de estudio universitarios.

Pero la facultad política no era suficiente para justificar la creación de una nueva disciplina, después de todo podía haber seguido enseñándose en los departamentos de filosofía, como en realidad ocurrió. La ciencia política como disciplina separada respondía a un objetivo ulterior: el de legitimar a la economía como disciplina separada. La economía política había sido rechazada como tema con el argumento de que el estado y el mercado operaban y debían operar según lógicas distintas. Y ésta lógicamente requería, como garantía a largo plazo, el establecimiento de un estudio científico separado del espacio político.

El cuarteto de historia, economía, sociología y ciencia política, tal como llegaron a ser disciplinas universitarias en el siglo XIX (en realidad hasta 1945), no sólo se practicaba principalmente en los cinco países de su origen colectivo, sino que en gran parte se ocupaba de describir la realidad social de esos mismos cinco países. No es que las universidades de esos cinco países ignoraran por completo al resto del mundo, sino más bien que segregaban su estudio sobre el resto del mundo en otras disciplinas.

La creación del sistema mundial moderno implicó el encuentro de Europa con los pueblos del resto del mundo, y en la mayoría de los casos la conquista de éstos. En términos de las categorías de la experiencia europea, encontraban dos tipos más bien diferentes de pueblos y de estructuras sociales. Había pueblos que vivían en grupos relativamente pequeños, que no tenían archivos ni documentos escritos, que no parecían participar en un sistema religioso de gran alcance geográfico y que eran militarmente débiles en relación con la tecnología europea. Para describir a esos pueblos se utilizaban términos genéricos: en inglés generalmente se les llamaba "tribus"; en otras

lenguas podía llamárseles “razas” (aunque este término más tarde fue abandonado debido a la confusión con el otro uso del término “raza”, con referencia a agrupamientos bastante grandes de seres humanos con base en el color de la piel y otros atributos biológicos). El estudio de esos pueblos pasó a ser el nuevo campo de una disciplina llamada antropología. Así como la sociología en gran parte había comenzado como actividad de grandes asociaciones de reformadores sociales fuera de las universidades, también la antropología se había iniciado en gran parte fuera de la universidad como práctica de exploradores, viajeros y funcionarios de los servicios coloniales de las potencias europeas; y, al igual que la sociología, fue posteriormente institucionalizada como disciplina universitaria, aunque esa disciplina estaba totalmente segregada de las otras ciencias sociales que estudiaban el mundo occidental.

Algunos de los primeros antropólogos se interesaron por la historia natural de la humanidad (y sus presuntas etapas de desarrollo), igual que los primeros historiadores se habían interesado por una historia universal, pero las presiones del mundo exterior impulsaron a los antropólogos a convertirse en etnógrafos de pueblos particulares, y en general escogieron sus pueblos entre los que podían encontrar en las colonias internas o externas de su propio país. Esto casi inevitablemente implicaba una metodología muy concreta, construida en torno al trabajo de campo (con lo que cumplían el requisito de investigación empírica de la ética científica) y observación participante en un área particular (cumpliendo el requisito de alcanzar un conocimiento en profundidad de la cultura necesaria para su comprensión, tan difícil de alcanzar en el caso de una cultura tan extraña para el científico).

La observación participante siempre amenazaba con violar el ideal de la neutralidad científica, al igual que la tentación siempre presente para el antropólogo (así como para los misioneros) de convertirse en mediador entre el pueblo estudiado y el mundo europeo conquistador, particularmente porque el antropólogo solía ser ciudadano de la potencia colonizadora del pueblo en estudio (por ejemplo los antropólogos británicos en África Oriental y del Sur, los antropólogos franceses en África Occidental, los antropólogos norteamericanos en Guam o los que estudian a los indios norteamericanos, los antropólogos italianos en Libia). Su vinculación con las estructuras de la universidad fue la más importante de las influencias que obligaron a los antropólogos a mantener la práctica de la etnografía dentro de las premisas normativas de la ciencia.

La búsqueda del estado prístino, "antes del contacto", de las culturas, también indujo a los etnólogos a creer que estaban estudiando "pueblos sin historia", en la penetrante formulación de Eric Wolf. Esto podría haberlos llevado hacia una posición nomotética y orientada hacia el presente, similar a la de los economistas, y después de 1945 la antropología estructural avanzó principalmente en esa dirección. Pero inicialmente la prioridad correspondió a las necesidades de justificar el estudio de la diferencia y de defender la legitimidad moral de no ser europeo. Y por lo tanto, siguiendo la misma lógica de los primeros historiadores, los antropólogos se resistieron a la demanda de formular leyes, practicando en su mayoría una epistemología idiográfica.

Sin embargo, no era posible clasificar a todos los pueblos no europeos como "tribus". Hacía mucho tiempo que los europeos tenían contacto con otras llamadas "altas civilizaciones", como el mundo árabe

musulmán y China. Los europeos consideraban esas zonas como civilizaciones "altas" principalmente porque tenían escritura, sistemas religiosos difundidos en grandes áreas geográficas y una organización política (por lo menos durante largos periodos) en forma de grandes imperios burocráticos. El estudio de esas sociedades por europeos se había iniciado con religiosos en la Edad Media. Entre los siglos XIII y XVIII esas "civilizaciones" resistieron militarmente la conquista europea lo suficiente como para merecer respeto, a veces incluso admiración, aunque seguramente, al mismo tiempo, provocaban perplejidad.

Sin embargo, en el siglo XIX, como resultado de nuevos avances tecnológicos de Europa, esas "civilizaciones" se convirtieron en colonias o, por lo menos, semicolonias europeas. Los estudios orientales, que habían nacido dentro de la Iglesia justificados como auxiliares de la evangelización, pasaron a ser una práctica más secular, y eventualmente hallaron un lugar en las estructuras disciplinarias en evolución de las universidades. En realidad, la institucionalización de los estudios orientales fue precedida por la de los estudios sobre el antiguo mundo mediterráneo, lo que en inglés se llama "the classics", el estudio de la Antigüedad de la propia Europa. Esto también era el estudio de una civilización diferente de la de la Europa moderna, pero no fue tratada del mismo modo que los estudios orientales, más bien fue considerada como la historia de los pueblos definidos como los antepasados de la Europa moderna, a diferencia del estudio, digamos, del Antiguo Egipto o de Mesopotamia. La civilización de la Antigüedad se explicaba como la fase temprana de un único proceso histórico continuo que culminaba en la civilización "occidental" moderna, y por lo tanto era visto como parte de una saga singular: primero, la Antigüedad;

después, las conquistas bárbaras y la continuidad asegurada por la Iglesia; luego, el Renacimiento, con la reincorporación de la herencia grecorromana y la creación del mundo moderno. En este sentido la Antigüedad no tenía historia autónoma sino que más bien constituía el prólogo de la modernidad. En contraste, pero siguiendo la misma lógica, las otras "civilizaciones" tampoco tenían historia autónoma: más bien eran el relato de historias que se habían congelado, que no habían progresado, que no habían culminado en la modernidad.

Los estudios clásicos eran principalmente estudios literarios, aunque evidentemente se superponían con el estudio histórico de Grecia y Roma. En el intento de crear una disciplina separada de la filosofía (y de la teología), los clasicistas definieron su campo como una combinación de literaturas de todo tipo (y no sólo del tipo que los filósofos reconocían), artes (y su nuevo agregado, la arqueología) y la historia que se podía hacer al modo de la nueva historia (que no era mucha, dada la escasez de fuentes primarias). Esa combinación hizo que los estudios clásicos quedaran, en la práctica, cerca de las disciplinas que estaban surgiendo al mismo tiempo, y que tenían como foco las literaturas nacionales de cada uno de los estados principales del occidente europeo.

Ese tono "humanístico" de los estudios clásicos preparó el camino para las muchas variedades de estudios orientales que empezaron a aparecer en los planes de estudio de las universidades. Sin embargo, debido a sus premisas, los estudiosos orientalistas adoptaron una práctica muy especial: como se suponía que esa historia no progresaba, el foco de interés no era la reconstrucción de las secuencias diacrónicas, como en la historia europea, sino la comprensión y apreciación del conjunto de valores y de prácticas

que habían creado civilizaciones que, a pesar de ser consideradas "altas", fueron concebidas para ser nada más que inmóviles. Se sostenía que la mejor manera de alcanzar esa comprensión era por medio de una minuciosa lectura de los textos que encarnaban su sabiduría, y eso requería una preparación lingüística y filológica muy similar a la desarrollada tradicionalmente por los monjes en el estudio de los textos cristianos. En este sentido los estudios orientales se resistieron totalmente a la modernidad, y por consiguiente, en su mayor parte, no quedaron atrapados en la ética científica. Aún más que los historiadores, los estudiosos orientalistas no veían ninguna virtud en la ciencia social, y rehusaban rigurosamente cualquier asociación con ese campo, prefiriendo considerarse parte de las "humanidades". Sin embargo, llenaban un espacio importante en las ciencias sociales, porque por mucho tiempo los estudiosos orientalistas fueron prácticamente los únicos universitarios dedicados al estudio de realidades sociales relacionadas con China, India o Persia. Desde luego que además había unos pocos científicos sociales que se interesaban por comparar civilizaciones orientales con civilizaciones occidentales (como Weber, Toynbee y, menos sistemáticamente, Marx). Pero esos estudiosos comparativistas, a diferencia de los orientalistas, no estaban interesados en las civilizaciones orientales por sí mismas, sino que más bien su principal interés intelectual era siempre explicar por qué era el mundo occidental y no esas otras civilizaciones el que había avanzado hacia la modernidad (o el capitalismo).

Es preciso decir además una palabra sobre tres campos que nunca llegaron a ser del todo componentes principales de las ciencias sociales: la geografía, la psicología y el derecho. La geografía, al igual que la

historia, era una práctica muy antigua. A fines del siglo XIX se reconstruyó como una disciplina nueva, principalmente en universidades alemanas, que inspiró su desarrollo en otras partes. Los intereses de la geografía eran esencialmente los de una ciencia social, pero se resistía a la categorización: intentaba acercarse a las ciencias naturales gracias a su interés por la geografía física y las humanidades dentro de su preocupación por lo que se llamaba geografía humana (haciendo un trabajo en algunos sentidos similar al de los antropólogos, aunque con énfasis en la influencia del ambiente). Además, antes de 1945 la geografía fue la única disciplina que intentó de manera consciente ser realmente mundial en su práctica, en términos de su objeto de estudio. Ésa fue su virtud y posiblemente su desgracia. A medida que, a fines del siglo XIX, el estudio de la realidad social se fue compartimentando cada vez más en disciplinas separadas, con una división clara del trabajo, la geografía empezó a parecer anacrónica en su tendencia generalista, sintetizadora y no analítica.

Probablemente como consecuencia de esto la geografía fue durante todo ese periodo una especie de pariente pobre, en términos de números y prestigio, funcionando a menudo meramente como una especie de agregado menor de la historia. En consecuencia, en las ciencias sociales hubo un relativo descuido del tratamiento del espacio y el lugar. El acento en el progreso y la política de organización del cambio social dio una importancia básica a la dimensión temporal de la existencia social, pero dejó la dimensión espacial en un limbo incierto. Si los procesos eran universales y deterministas, el espacio era teóricamente irrelevante. Si los procesos eran casi únicos e irrepetibles, el espacio pasaba a ser un mero elemento (y un elemento menor) de la especificidad. En

la primera visión, el espacio era visto como una mera plataforma —en la que se desarrollaban los acontecimientos u operaban los procesos— esencialmente inerte, algo que estaba ahí y nada más. En la segunda, el espacio pasaba a ser un contexto que influía en los acontecimientos (en la historia idiográfica, en las relaciones internacionales realistas, en los “efectos de vecindad”, e incluso en los procesos de aglomeración marshallianos y externalidades). Pero esos efectos contextuales eran vistos en su mayoría como meras influencias —residuos que era preciso tener en cuenta para lograr mejores resultados empíricos, pero que no eran centrales para el análisis.

Sin embargo, en la práctica la ciencia social se basaba en una visión particular de la espacialidad, aunque no era declarada. El conjunto de estructuras espaciales por medio del cual se organizaban las vidas, según la premisa implícita de los científicos sociales, eran los territorios soberanos que colectivamente definían el mapa político del mundo. Casi todos los filósofos sociales daban por sentado que esas fronteras políticas determinaban los parámetros espaciales de otras interacciones clave —la sociedad de la ciencia, la economía nacional del macroeconomista, el cuerpo político del politólogo, la nación del historiador. Cada uno de ellos suponía una congruencia espacial fundamental entre los procesos políticos, sociales y económicos. En ese sentido la ciencia social era claramente una criatura, si es que no una creación, de los estados, y tomaba sus fronteras como contenedores sociales fundamentales.

La psicología es un caso diferente. También aquí la disciplina se separó de la facultad de filosofía tratando de reconstruirse a sí misma en la nueva forma científica. Sin embargo, su práctica terminó por definirse no tanto en el campo social sino princi-

palmente en el campo médico, lo que significaba que su legitimidad dependía de la estrechez de su asociación con las ciencias naturales. Además los positivistas, compartiendo la premisa de Comte ("el ojo no puede verse a sí mismo"), empujaron a la psicología en esa dirección. Para muchos la única psicología que podía aspirar a la legitimidad científica sería una psicología fisiológica, e incluso química. Así pues, esos psicólogos trataban de ir "más allá" de la ciencia social para llegar a una ciencia "biológica", y en consecuencia, en la mayoría de las universidades la psicología eventualmente se trasladó de las facultades de ciencias sociales a las de ciencias naturales.

Desde luego, había formas de teorización psicológica que ponían el énfasis en el análisis del individuo en la sociedad, y los llamados psicólogos sociales trataron efectivamente de permanecer en el campo de la ciencia social; pero en general la psicología no tuvo éxito en el establecimiento de su plena autonomía institucional y padeció, frente a la psicología social, el mismo tipo de marginalización que sufrió la historia económica frente a la economía. En muchos casos sobrevivió al ser absorbida como subdisciplina dentro de la sociología. También hubo varios tipos de psicología social que no fueron positivistas, por ejemplo la *geisteswissenschaftliche* (de Windelband) y la psicología *Gestalt*. La teorización más fuerte e influyente en psicología, la teoría freudiana, que pudo haber vuelto a esa disciplina hacia una autodefinición como una ciencia social, no lo hizo por dos razones. Ante todo, porque surgió de la práctica médica; y en segundo lugar, porque su cualidad inicialmente escandalosa la convirtió en una especie de actividad de parias, lo que llevó a que los psicoanalistas crearan estructuras de reproducción institucional totalmente fuera del sistema universitario. Es posible que eso

haya preservado al psicoanálisis como práctica y como escuela de pensamiento, pero también significó que dentro de la universidad los conceptos freudianos hallaran lugar principalmente en departamentos que no eran el de psicología.

Los estudios legales son el tercer campo que nunca llegó a ser del todo una ciencia social. Ante todo, ya existía la facultad de derecho, y su plan de estudios estaba estrechamente vinculado a su función principal de preparar abogados. Los científicos sociales nomotéticos veían la jurisprudencia con cierto escepticismo. Les parecía demasiado normativa y con demasiado poca raíz en la investigación empírica. Sus leyes no eran leyes científicas, su contexto parecía demasiado idiográfico. La ciencia política se apartó del análisis de esas leyes y su historia para analizar las reglas abstractas que gobernaban el comportamiento político, de las cuales sería posible derivar sistemas legales adecuadamente racionales.

Hay un último aspecto de la institucionalización de la ciencia social que es importante señalar. El proceso tuvo lugar en el momento en que Europa estaba finalmente confirmando su dominio sobre el resto del mundo. Y eso hizo que surgiera la pregunta obvia: ¿por qué esa pequeña parte del mundo había podido derrotar a todos sus rivales e imponer su voluntad a América, África y Asia? Era una gran pregunta y la mayoría de las respuestas no fueron propuestas en el nivel de los estados soberanos sino en el nivel de la comparación de "civilizaciones" (como ya lo habíamos advertido previamente). Lo que había demostrado su superioridad militar y productiva era Europa en cuanto civilización "occidental", y no Gran Bretaña o Francia o Alemania, cualquiera que fuese el tamaño de sus imperios respectivos. Ese interés por el modo en que Europa se expandió hasta

dominar el mundo coincidió con la transición intelectual darwiniana. La secularización del conocimiento promovida por la Ilustración fue confirmada por la teoría de la evolución, y las teorías darwinianas se extendieron mucho más allá de sus orígenes en la biología. Aun cuando la física newtoniana era el ejemplo predominante en la metodología de la ciencia social, la biología darwiniana tuvo una influencia muy grande en la teorización social por medio de la metaconstrucción aparentemente irresistible de la evolución, donde se ponía gran énfasis en el concepto de la supervivencia del más apto.

El concepto de la supervivencia del más apto fue sometido a mucho uso y abuso, y a menudo fue confundido con el concepto de éxito en la competencia. Una interpretación, más bien, amplia de la teoría de la evolución pudo ser utilizada para dar legitimación científica al supuesto de que la evidente superioridad de la sociedad europea de la época era la culminación del progreso: teorías del desarrollo social que llegaba a su culminación en la civilización industrial, interpretaciones *whig* de la historia, determinismo climatológico, sociología spenceriana. Sin embargo, esos primeros estudios comparados de civilizaciones no eran tan estadocéntricos como la ciencia social plenamente institucionalizada, y por eso fueron víctimas del impacto de las dos guerras mundiales, que en conjunto minaron parte del optimismo liberal sobre el que se habían construido las teorías progresistas de las civilizaciones. Por eso, en el siglo XX la historia, la antropología y la geografía terminaron por marginar completamente lo que quedaba de sus antiguas tradiciones universalizantes, y la trinidad estadocéntrica de sociología, economía y ciencia política consolidó sus posiciones como núcleo (nomotético) de las ciencias sociales.

Así, entre 1850 y 1945 una serie de disciplinas llegó a definirse como un campo del conocimiento al que se le dio el nombre de "ciencia social". Eso se hizo estableciendo, en las principales universidades, cátedras, en una primera instancia; luego departamentos que ofrecían cursos y finalmente títulos en esa disciplina. La institucionalización de la enseñanza fue acompañada por la institucionalización de la investigación —la creación de publicaciones especializadas en cada una de las disciplinas; la construcción de asociaciones de estudiosos según líneas disciplinarias (primero nacionales, después internacionales); la creación de colecciones y bibliotecas catalogadas por disciplinas.

Un elemento esencial en ese proceso de institucionalización de las disciplinas fue el esfuerzo de cada una de ellas por definir lo que la distinguía de las demás, especialmente lo que la diferenciaba de cada una de las que parecían estar más próximas en cuanto a contenido en el estudio de las realidades sociales. A partir de Ranke, Niebuhr y Droysen, los historiadores afirmaron su relación especial con un tipo especial de materiales, especialmente fuentes documentales y textos similares. Insistieron en que lo que les interesaba era reconstruir la realidad pasada, relacionándola con las necesidades culturales del presente en forma interpretativa y hermenéutica, insistiendo en estudiar los fenómenos, incluso los más complejos, como culturas o naciones enteras, como individualidades y como momentos (o partes) de contextos diacrónicos y sincrónicos.

Los antropólogos reconstruyeron los modos de organización social de pueblos muy diferentes de las formas occidentales. Demostraron que costumbres muy extrañas a los ojos occidentales no eran irracionales, sino que funcionaban para la preservación y

reproducción de poblaciones. Estudiosos orientalistas estudiaron, explicaron y tradujeron textos de “grandes” civilizaciones no occidentales y fueron muy instrumentales en la legitimación del concepto de “religiones mundiales”, lo que fue una ruptura con las visiones cristocéntricas.

La mayoría de las ciencias sociales nomotéticas acentuaba ante todo lo que las diferenciaba de la disciplina histórica: su interés en llegar a leyes generales que supuestamente gobernaban el comportamiento humano, la disposición a percibir los fenómenos estudiables como casos (y no como individuos), la necesidad de segmentar la realidad humana para analizarla, la posibilidad y deseabilidad de métodos científicos estrictos (como la formulación de hipótesis, derivadas de la teoría, para ser probadas con los datos de la realidad por medio de procedimientos estrictos y en lo posible cuantitativos), la preferencia por los datos producidos sistemáticamente (por ejemplo, los datos de encuestas) y las observaciones controladas sobre textos recibidos y otros materiales residuales.

Una vez distinguida en esta forma la ciencia social de la historia idiográfica, los científicos sociales nomotéticos —economistas, científicos políticos y sociólogos— estaban ansiosos por delinear sus terrenos separados como esencialmente diferentes unos de otros (tanto en su objeto de estudio como en su metodología). Los economistas lo hacían insistiendo en la validez de un supuesto *ceteris paribus* para el estudio de las operaciones del mercado. Los científicos políticos lo hacían restringiendo su interés a las estructuras formales del gobierno. Los sociólogos lo hacían insistiendo en un terreno social emergente ignorado por los economistas y los científicos sociales.

Puede decirse que todo esto fue en gran parte una historia exitosa. El establecimiento de las estructuras

disciplinarias creó estructuras viables y productivas de investigación, análisis y enseñanza que dieron origen a la considerable literatura que hoy consideramos como el patrimonio de la ciencia social contemporánea. Para 1945 la panoplia de disciplinas que constituyen las ciencias sociales estaba básicamente institucionalizada en la mayoría de las universidades importantes del mundo entero. En los países fascistas y comunistas había habido resistencia (a menudo incluso rechazo) hacia esas clasificaciones, pero con el fin de la segunda guerra mundial las instituciones alemanas e italianas se alinearon plenamente con el patrón aceptado, los países del bloque soviético hicieron lo mismo a fines de la década de 1950. Además, para 1945 las ciencias sociales estaban claramente distinguidas, por un lado, las ciencias naturales que estudiaban sistemas no humanos y, por el otro, las humanidades que estudiaban la producción cultural, mental y espiritual de las sociedades humanas "civilizadas".

Sin embargo, en el mismo momento en que las estructuras institucionales de las ciencias sociales parecían estar por primera vez plenamente instaladas y claramente delineadas, después de la segunda guerra mundial, las prácticas de los científicos sociales empezaron a cambiar. Eso debía crear una brecha, que estaba destinada a crecer, entre las prácticas y las posiciones intelectuales de los científicos sociales, por un lado, y las organizaciones formales de las ciencias sociales, por el otro.

2. DEBATES EN LAS CIENCIAS SOCIALES, DE 1945 HASTA EL PRESENTE

Las disciplinas constituyen un sistema de control en la producción de discurso, fijando sus límites por medio de la acción de una identidad que adopta la forma de una permanente reactivación de las reglas.

MICHEL FOUCAULT*

Después de 1945, tres procesos afectaron profundamente la estructura de las ciencias sociales erigida en los cien años anteriores. El primero fue el cambio en la estructura política del mundo. Estados Unidos salió de la segunda guerra mundial con una fuerza económica abrumadora, en un mundo políticamente definido por dos realidades geopolíticas nuevas: la llamada guerra fría entre Estados Unidos y la URSS y la reafirmación histórica de los pueblos no europeos del mundo. El segundo se refiere al hecho de que en los 25 años subsiguientes a 1945, el mundo tuvo la mayor expansión de su población y su capacidad productiva jamás conocida, que incluyó una ampliación de la escala de todas las actividades humanas. El tercero fue la consiguiente expansión extraordinaria, tanto cuantitativa como geográfica, del sistema universitario en todo el mundo, lo que condujo a la multiplicación del número de científicos sociales profesionales. Cada una de estas tres realida-

* Michel Foucault, *The archaeology of knowledge and the discourse on language*, Nueva York, Pantheon, 1972, p. 224 [*La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970].

des sociales nuevas planteaba un problema para las ciencias sociales, tal como habían sido institucionalizadas históricamente.

La enorme fuerza de Estados Unidos, en comparación con todos los demás estados, afectó profundamente la definición de cuáles eran los problemas más urgentes a enfrentar, y cuáles los modos más adecuados para enfrentarlos. La abrumadora ventaja económica de Estados Unidos en los 15-25 años siguientes a la segunda guerra mundial significaba que, al menos por algún tiempo, la actividad científica social se desarrollaba principalmente en instituciones estadounidenses en una medida inusitada, y desde luego eso afectó el modo en que los científicos sociales definían sus prioridades. Por otra parte, la reafirmación política de los pueblos no europeos significaba el cuestionamiento de muchos supuestos de la ciencias sociales, en razón de que reflejaban las tendencias políticas de una era que ya había terminado, o que por lo menos estaba por terminar.

La expansión desenfrenada de los sistemas universitarios en el mundo entero tuvo una implicación organizacional muy concreta: creó una presión social por el aumento de la especialización debido simplemente al hecho de que los estudiosos buscaban nichos que pudieran definir su originalidad o por lo menos su utilidad social. El efecto más inmediato consistió en estimular las intrusiones recíprocas de científicos sociales en campos disciplinarios vecinos, ignorando en este proceso las varias legitimaciones que cada una de las ciencias sociales había erigido para justificar sus especificidades como reinos reservados. Y la expansión económica alimentó esa especialización proporcionando los recursos que la hicieron posible.

Hubo una segunda implicación organizacional. La expansión económica mundial implicó un salto cuan-

titativo en su escala, tanto para las maquinarias estatales y las empresas económicas, como para las organizaciones de investigación. Las principales potencias, estimuladas sobre todo por la guerra fría, empezaron a invertir en la gran ciencia y esa inversión se extendió a las ciencias sociales. El porcentaje asignado a las ciencias sociales era pequeño, pero las cifras absolutas eran muy elevadas en relación con todo lo que habían tenido a su disposición previamente. Esa inversión económica estimuló una cientificación ulterior y más completa de las ciencias sociales y su resultado fue el surgimiento de polos centralizados de desarrollo científico con concentración de información y de capacidad, y con recursos financieros proporcionados ante todo por Estados Unidos y otros grandes estados, por fundaciones (en su mayoría basadas en Estados Unidos), y también en menor medida por empresas transnacionales.

Donde quiera que la estructuración institucional de las ciencias sociales no era aún completa, estudiosos e instituciones estadounidenses la estimularon directa e indirectamente siguiendo el modelo establecido, con particular énfasis en las tendencias más nomotéticas dentro de las ciencias sociales. La enorme inversión pública y privada en investigación científica dio a esos polos de desarrollo científico una ventaja indiscutible sobre las orientaciones que parecían menos rigurosas y orientadas hacia la política. Así, la expansión económica reforzó la legitimación mundial en las ciencias sociales de los paradigmas científicos subyacentes a las realizaciones tecnológicas que lo respaldaban. Sin embargo, el fin del dominio político de Occidente sobre el resto del mundo significaba al mismo tiempo el ingreso de voces nuevas al escenario, no sólo de la política sino de la ciencia social.

Examinaremos las consecuencias de esos cambios en el mundo en relación con tres aspectos sucesivos: 1] la validez de las distinciones entre las ciencias sociales; 2] el grado en que el patrimonio heredado es parroquial; 3] la utilidad y realidad de la distinción entre las "dos culturas".

1. *La validez de las distinciones entre las ciencias sociales.*

A fines del siglo XIX había tres líneas divisorias claras en el sistema de disciplinas erigido para estructurar las ciencias sociales. La línea entre el estudio del mundo moderno/civilizado (historia *más* las tres ciencias sociales nomotéticas) y el estudio del mundo no moderno (antropología *más* estudios orientales); dentro del estudio del mundo moderno, la línea entre el pasado (historia) y el presente (las ciencias sociales nomotéticas); dentro de las ciencias sociales nomotéticas, las muy marcadas líneas entre el estudio del mercado (economía), el estado (ciencia política) y la sociedad civil (sociología). En el mundo posterior a 1945 todas esas líneas divisorias fueron cuestionadas.

Probablemente la más notable innovación académica después de 1945 fue la creación de los *estudios de área* como nueva categoría institucional para agrupar el trabajo intelectual. El concepto apareció por primera vez en Estados Unidos durante la segunda guerra mundial; fue ampliamente utilizado en Estados Unidos en los diez años siguientes al fin de la guerra y a continuación se extendió a universidades de otras partes del mundo. La idea básica de los estudios de área era muy sencilla: un área era una zona geográfica grande que supuestamente tenía alguna coherencia cultural, histórica y frecuentemente lingüística. La lista que se fue formando era suma-

mente heterodoxa: la URSS, China (o Asia Oriental), América Latina, el Medio Oriente, África, Asia Meridional, Asia Sudoriental, Europa Central y Centro-oriental y, mucho más tarde, también Europa Occidental. En algunos países Estados Unidos (o América del Norte) pasó a ser igualmente objeto de estudios de área. Por supuesto que no todas las universidades adoptaron exactamente estas categorías geográficas. Hubo muchas variaciones.

Los estudios de área fueron entendidos como un campo tanto de estudios como de enseñanza en el que podía reunirse gran cantidad de personas —principalmente de las diversas ciencias sociales, pero a menudo también de las humanidades y ocasionalmente incluso de algunas ciencias naturales— con base en un interés común de trabajar en sus respectivas disciplinas en torno al “área” determinada, o en parte de ella. Los estudios de área eran por definición “multidisciplinarios”. Las motivaciones políticas subyacentes en sus orígenes eran totalmente explícitas. Estados Unidos, debido a su papel político de dimensión mundial, necesitaba conocer y por lo tanto tener especialistas acerca de las realidades actuales de esas regiones, especialmente en el momento en que esas regiones tenían cada vez más actividad política. Los programas de estudios de área fueron diseñados para preparar especialistas de ese tipo igual que subsiguientes programas paralelos, primero en URSS y Europa Occidental y después en muchas otras partes del mundo (por ejemplo Japón, India, Australia y varios países latinoamericanos).

Los estudios de área reunían en una estructura (por lo menos durante una parte de su vida intelectual) a personas cuyas afiliaciones disciplinarias cortaban transversalmente las tres líneas divisorias que mencionamos antes. Los historiadores y los científi-

cos sociales nomotéticos se encontraban frente a frente con antropólogos y estudiosos orientalistas; los historiadores se enfrentaban a los científicos sociales nomotéticos y cada tipo de científico social nomotético se enfrentaba con todos los demás. Además había ocasionalmente algunos geógrafos, historiadores del arte, estudiosos de literaturas nacionales, epidemiologistas y hasta geólogos. Esas personas se unían para crear planes de estudio, eran miembros de los comités de doctorado de los demás estudiantes, asistían a las conferencias de los especialistas en algún área, leían los libros de los demás y publicaban en nuevas publicaciones transdisciplinarias especializadas en las distintas áreas.

Cualquiera que haya sido el valor intelectual de esta fertilización cruzada, las consecuencias organizacionales que tuvo para las ciencias sociales fueron enormes. Aunque los estudios de área se presentaban en el aspecto restringido de la multidisciplinariedad (concepto que ya se había discutido en el periodo de entreguerra), su práctica ponía de manifiesto el hecho de que había una dosis considerable de artificialidad en las nítidas separaciones institucionales del conocimiento de las ciencias sociales. Los historiadores y los científicos sociales nomotéticos emprendieron por primera vez (por lo menos en cantidad considerable) el estudio de áreas no occidentales. Esa intrusión en el mundo no occidental de disciplinas antes orientadas hacia el estudio del mundo occidental minó la lógica de los argumentos antes utilizados para justificar la separación de campos llamados etnografía y estudios orientales. Parecía implicar que los métodos y los modelos de la historia y de la ciencias sociales nomotéticas podían ser aplicados tanto a regiones no occidentales como a Europa/Norteamérica. En los siguientes veinte años los antro-

pólogos empezaron a renunciar a la etnografía como actividad definitoria y buscaron otras alternativas para su campo. Los orientalistas fueron más allá y abandonaron hasta el nombre, fundiéndose en diversos departamentos de historia, filosofía, estudios clásicos y religión, así como en los recién creados departamentos de estudios culturales regionales, que cubrían tanto la producción cultural contemporánea como los textos que los orientalistas estudiaban tradicionalmente.

Los estudios de área afectaron también la estructura de los departamentos de historia y las tres ciencias sociales nomotéticas. Para la década de 1960 un número considerable de docentes de esos departamentos ya se había comprometido a realizar su trabajo empírico en torno a áreas no occidentales del mundo. Ese porcentaje era mayor en historia y menor en economía, con la ciencia política y la sociología entre ambos extremos. Eso significaba que las discusiones internas dentro de esas disciplinas inevitablemente fueron afectadas por el hecho de que los datos que se discutían, los cursos que los estudiantes debían tomar y los objetos de investigación legítimos se habían ampliado enormemente en términos geográficos. Si sumamos a esa expansión geográfica del objeto de estudio la expansión geográfica de las fuentes de reclutamiento de los estudiosos, se puede decir que la situación social dentro de las instituciones de conocimiento sufrió una evolución significativa en el periodo posterior a 1945.

La desintegración de la segregación intelectual entre el estudio de Occidente y las áreas no occidentales planteó una cuestión intelectual fundamental, con algunas connotaciones políticas muy importantes. Ontológicamente ¿las dos zonas eran idénticas o eran diferentes? La suposición antes predominante

establecía que eran suficientemente diferentes como para requerir disciplinas de ciencias sociales diferentes para su estudio. ¿Debíamos ahora suponer lo contrario, que no había diferencia de ningún tipo que justificara una forma especial de análisis para el mundo no occidental? Los científicos sociales nomotéticos discutían si las generalizaciones (leyes) que ellos habían ido estableciendo eran igualmente aplicables al estudio de las áreas no occidentales. Para historiadores más idiográficos, el debate se planteaba en forma de una pregunta que se formulaba muy seriamente: ¿tiene historia África?, ¿o sólo las "naciones históricas" tienen historia?

La respuesta intelectual a esas preguntas fue esencialmente un compromiso incierto, y podría resumirse argumentando que analíticamente las áreas no occidentales eran iguales a las áreas occidentales, ¡pero no del todo! La principal forma que el argumento adoptó fue la teoría de la modernización, que por supuesto se basó en muchas discusiones y premisas (explícitas e implícitas) de la literatura anterior de las ciencias sociales, pero en definitiva la literatura de la modernización adoptó una forma particular y, como literatura de la modernización, pasó a ser muy importante en la teorización de la ciencia social. La tesis fundamental era la de que existe un camino modernizante común para todas las naciones/pueblos/áreas (es decir que son todos lo mismo) pero las naciones/pueblos/áreas se encuentran en etapas diferentes de ese camino (por lo tanto no son del todo iguales). En términos de política pública eso se tradujo en una preocupación a escala mundial por el "desarrollo", término definido como el proceso por el cual un país avanza por el camino universal de la modernización. Desde el punto de vista organizacional, la preocupación por la modernización/de-

sarrollo tendió a agrupar a las múltiples ciencias sociales en proyectos comunes y en una posición común frente a las autoridades públicas. El compromiso político de los estados con el desarrollo pasó a ser una de las grandes justificaciones para invertir fondos públicos en la investigación de las ciencias sociales.

La modernización/desarrollo tenía la característica de que ese modelo se podía aplicar también a las zonas occidentales, interpretando el desarrollo histórico del mundo occidental como la progresiva y precoz realización de la modernización. Eso proporcionó a los científicos sociales nomotéticos, antes orientados hacia el presente, una base para empezar a hallar una justificación para utilizar datos que no eran contemporáneos, a pesar de que esos datos eran más incompletos; y al mismo tiempo los historiadores empezaban a preguntarse si algunas de las generalizaciones propuestas por los científicos sociales nomotéticos no podrían ayudar a elucidar su comprensión (e incluso su comprensión hermenéutica) del pasado. El intento de cerrar la brecha entre la historia idiográfica y la ciencia social nomotética no se inició en 1945, sino que tiene una trayectoria anterior. El movimiento llamado "*new history*" ocurrido en Estados Unidos a comienzos del siglo XX y los movimientos en Francia (*Annales* y sus predecesores) fueron explícitamente intentos de ese tipo. Sin embargo, fue sólo después de 1945 cuando esos intentos empezaron a encontrar apoyo sustancial entre los historiadores.

En realidad, la búsqueda de cooperación estrecha e incluso mezcla entre (partes de) la historia y (partes de) las ciencias sociales sólo llegó a ser un fenómeno muy notorio y notado en la década de 1960. En la historia ganó algún terreno la convicción de que el perfil recibido de la disciplina ya no llenaba del todo

las necesidades modernas. Los historiadores habían tenido mejores resultados en el estudio de la política pasada que en el de la vida social y económica del pasado. Los estudios históricos tendían a concentrarse en los acontecimientos y en los motivos de individuos e instituciones, y no estaban tan bien equipados para analizar los procesos y estructuras más anónimos localizados en la *longue durée*. Al parecer, las estructuras y los procesos habían sido descuidados, pero todo eso se modificaría al ampliar el alcance de los estudios históricos: más historia social y económica, por derecho propio y como clave para comprender a la historia en general.

Se proponían cambios fundamentales en la disciplina de la historia con ayuda de las vecinas ciencias sociales. Las ciencias sociales tenían instrumentos que podían contribuir al estudio de dimensiones del pasado que estaban "por debajo" o "detrás" de las instituciones, ideas y acontecimientos históricos (dimensiones como el cambio económico, el crecimiento demográfico, la desigualdad y la movilidad sociales, las actitudes y los comportamientos de masas, la protesta social y los patrones de votación), instrumentos que el historiador no tenía: métodos cuantitativos, conceptos analíticos tales como clase, expectativas de papel o discrepancia de estatus; modelos de cambio social. Ahora algunos historiadores intentaban utilizar "datos masivos" como los registros de matrimonio, los resultados electorales y la documentación fiscal, y para eso era indispensable volverse hacia las ciencias sociales. A medida que la historia (y la antropología) se fue abriendo cada vez más a la investigación cuantitativa, surgió un proceso de refuerzo circular: el dinero, el número de estudiantes y la legitimidad social se alimentaban mutuamente y fortalecían el sentido de autoconfianza en la justifica-

ción intelectual de las construcciones conceptuales de la ciencia social.

A veces la búsqueda de cambio en la disciplina histórica iba de la mano con el deseo de emprender una crítica social y cultural. Se sostenía que los historiadores habían puesto demasiado énfasis en el consenso y el funcionamiento de las instituciones, subestimando el conflicto, la desposesión y las desigualdades de clase, de etnia y de género. La crítica de los paradigmas recibidos se combinó con el desafío a las autoridades establecidas dentro y fuera de la profesión. A veces, como en Alemania, la actitud revisionista reforzó el viraje de los historiadores hacia las ciencias sociales. El empleo de conceptos analíticos y enfoques teóricos en sí era una forma de expresar oposición al paradigma "historicista" establecido que acentuaba enfoques hermenéuticos y de lenguaje lo más cercanos posibles a las fuentes. Algunas tradiciones de las ciencias sociales parecían ofrecer instrumentos específicos para desarrollar una historia "crítica" o más bien una "ciencia social histórica crítica". Pero en otros países, como Estados Unidos, que no sólo tenían otras tradiciones menos "historicistas" en historia, sino además una tradición menos crítica en las ciencias sociales, los historiadores revisionistas radicales fueron menos atraídos por los enfoques de las ciencias sociales.

La economía, la sociología y las ciencias políticas florecieron en el periodo de posguerra beneficiándose del reflejo de la gloria de las ciencias naturales; su gran prestigio e influencia fueron otra razón por la que muchos historiadores se interesaron en utilizar sus trabajos. Al mismo tiempo algunos científicos sociales estaban empezando a ingresar a reinos antes reservados a los historiadores. Sin embargo, esa expansión de las ciencias sociales nomotéticas hacia la

historia adoptó formas muy diferentes. Por un lado, la aplicación de teorías, modelos y procedimientos relativamente específicos y estrechos de las ciencias sociales a datos sobre el pasado (y a veces incluso del pasado) —por ejemplo estudios de patrones de votación, movilidad social y crecimiento económico. Esos datos fueron manejados igual que otras variables o indicadores en las ciencias sociales empíricas, es decir fueron uniformados (series de tiempo), aislados y correlacionados. A veces esta actividad se definía como “*social science history*”. Esos científicos sociales estaban expandiendo los territorios de los que extraían sus datos, pero no consideraban necesario ni deseable modificar sus procedimientos en modo alguno, y ciertamente no se transformaron en historiadores tradicionales. La mayoría de ellos no esperaba encontrar, ni encontró, en el pasado nada muy diferente. Más bien los datos sobre el pasado parecían corroborar o cuando mucho modificar ligeramente las leyes generales que eran su principal interés. Sin embargo, a veces los resultados de ese trabajo llegaron a ser muy importantes para los historiadores y contribuyeron a darles una mejor comprensión del pasado.

Paralelamente, algunos otros científicos sociales hacían un viraje muy diferente hacia la historia, los que estaban interesados en describir y explicar el cambio social en gran escala, según la tradición a veces weberiana y a veces marxiana, y a menudo desde posiciones intermedias; y los que produjeron varios tipos de lo que llegó a ser conocido como “sociología histórica”. Criticaban el ahistoricismo de sus colegas, que según ellos habían perdido contacto con muchas de las mejores tradiciones anteriores de las ciencias sociales. El trabajo que hacían era menos “cientista” y más “historicista”. Tomaban muy seria-

mente contextos históricos específicos y colocaban el cambio social en el centro de la historia que relataban. Sus obras no apuntaban principalmente a probar, modificar y formular leyes (por ejemplo de modernización), sino que más bien utilizaban reglas generales para explicar fenómenos complejos y cambiantes o interpretarlos a la luz de esos patrones generales. En la década de 1960 esa crítica del ahistoricismo empezó a ser expresada cada vez más por jóvenes científicos sociales en trance de pasar a la crítica social, jóvenes cuya crítica de la "corriente principal" o *mainstream* de las ciencias sociales incluía la afirmación de que habían pasado por alto el carácter central del cambio social, favoreciendo una mitología del consenso, y que habían mostrado una seguridad ingenua e incluso arrogante al aplicar conceptos occidentales al análisis de fenómenos y culturas muy diferentes.

En el caso de la "historia ciencia social", los científicos sociales se desplazaban hacia la historia como consecuencia de la lógica de la dinámica expansiva de sus disciplinas. No buscaban tanto "cerrar la brecha" con la historia como adquirir bases de datos más amplias. No era ése el caso de los "sociólogos históricos", cuyo trabajo incluía la crítica de las metodologías predominantes. Similares motivos tenían muchos de los historiadores que defendían el uso de técnicas y generalizaciones de las ciencias sociales. Había convergencia entre los escritos de los científicos sociales históricos (o historizantes) y los de los historiadores "estructuralistas", la cual alcanzó su máximo en la década de 1970, aunque generalmente subsistían algunas diferencias de estilo: proximidad a las fuentes, nivel de generalización, grado de presentación narrativa e incluso técnicas de presentación de las notas de pie de página.

Ese movimiento hacia una cooperación más estrecha entre la historia y las demás ciencias sociales no pasó, sin embargo, de ser un fenómeno de minoría. Por otra parte, además de la discusión entre historia y sociología parecía haber otras discusiones separadas sobre la historia en cada una de las otras ciencias sociales: la economía (por ejemplo la "nueva historia económica"), las ciencias políticas (por ejemplo el "nuevo institucionalismo"), la antropología ("antropología histórica") y la geografía ("geografía histórica"). En todos esos campos parte de esa convergencia se produjo en la forma de una simple expansión del campo de datos de una tradición particular de ciencia social, y una parte de ella adoptó la forma de reapertura de problemas metodológicos fundamentales.

La superposición creciente entre las tres ciencias sociales nomotéticas tradicionales —economía, ciencia política y sociología— tenía una carga de controversia menor. A la cabeza de esto estuvieron los sociólogos, que desde la década de 1950 convirtieron en subcampos normales e importantes dentro de la disciplina tanto la "sociología política" como la "sociología económica". Los científicos sociales los siguieron, ampliando sus intereses más allá de las instituciones gubernamentales formales, redefiniendo su objeto de estudio para incluir todos los procesos sociales que tienen implicaciones o intenciones políticas: el estudio de los grupos de presión, los movimientos de protesta y las organizaciones comunitarias. Y cuando algunos científicos sociales críticos revivieron el uso del término "economía política", otros científicos políticos menos críticos respondieron tratando de dar tanto al término como a su objeto de estudio un sabor más clásicamente nomotético. Sin embargo el resultado común fue que los científicos políticos pasaron a preocuparse más por los

procesos económicos. Para los economistas el predominio de las ideas de Keynes en la posguerra inmediata revivió la preocupación por la "macroeconomía", con lo que la línea divisoria con la ciencia política perdió algo de claridad, puesto que el objeto de análisis era en gran parte la política de los gobiernos y los organismos intergubernamentales. Más adelante algunos economistas no keynesianos empezaron a defender los méritos de los modelos analíticos económicos neoclásicos para el estudio de temas tradicionalmente considerados sociológicos, como la familia o las desviaciones sociales.

El nivel de compromiso de las tres disciplinas con las técnicas cuantitativas e incluso con los modelos matemáticos fue aumentando en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Sus respectivos enfoques metodológicos fueron diferenciándose cada vez menos. Cuando la crítica social empezó a alimentar los debates internos de esas disciplinas, las limitaciones que los científicos sociales críticos encontraban dentro de cada disciplina, dentro de las doctrinas positivistas prevalecientes en su disciplina, parecían ser las mismas para todos. Una vez más no vale la pena exagerar. Organizativamente las tres disciplinas se mantuvieron totalmente separadas, y no faltaban las voces que defendían esa separación; sin embargo a lo largo de los años, tanto en la versión *mainstream* como en la versión crítica de cada una de las disciplinas, comenzó a haber en la práctica una creciente superposición del objeto de estudio y de la metodología de las tres disciplinas nomotéticas.

La múltiples superposiciones entre las disciplinas tuvieron una consecuencia doble. No sólo se hizo cada vez más difícil hallar líneas divisorias claras entre ellas, en términos del campo de sus estudios o el modo en que trataban los datos, sino que además

ocurrió que cada una de las disciplinas se fue volviendo cada vez más heterogénea a medida que los límites de los objetos de investigación aceptables se iban estirando. Eso condujo a un cuestionamiento interno considerable en torno a la coherencia de las disciplinas y la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada. Una manera de manejar esto fue el intento de crear nuevos nombres "interdisciplinarios", como, por ejemplo, estudios de la comunicación, ciencias administrativas y ciencias del comportamiento.

Muchos consideraron que el creciente énfasis en la multidisciplinariedad era expresión de la flexible respuesta de las ciencias sociales a problemas que había encontrado y a objeciones intelectuales planteadas acerca de la estructuración de las disciplinas. Para ellos, la convergencia entre partes de las ciencias sociales y partes de la historia hacia una ciencia social más amplia ha sido un enfoque creativo, que incluyó una fertilización cruzada muy fructífera y que merece ser continuada y desarrollada. Otros manifiestan menos entusiasmo por los resultados obtenidos. Para ellos la concesión de la "interdisciplinariedad" ha servido tanto para rescatar la legitimidad de las disciplinas existentes como para superar a la lógica, cada vez más disminuida, y su separación. Estos últimos pedían una reconstrucción más radical con el objeto de superar lo que percibían como confusión intelectual.

Cualquiera que sea nuestro juicio sobre la muy clara tendencia hacia el tema de la multidisciplinariedad, las consecuencias organizacionales parecen ser evidentes. Entre 1850 y 1945 el número de nombres utilizados para clasificar la actividad de conocimiento en las ciencias sociales se fue reduciendo constante-

mente hasta terminar con una lista relativamente corta de nombres aceptados para distintas disciplinas. En cambio, después de 1945 la curva se movió en dirección contraria con la constante aparición de nuevos nombres que luego buscaban bases institucionales adecuadas: nuevos programas o incluso nuevos departamentos en las universidades, nuevas asociaciones de estudiosos; nuevos periódicos; y nuevas categorías en la clasificación de los libros en las bibliotecas.

La validez de las distinciones entre las ciencias sociales fue probablemente el mayor foco del debate crítico en las décadas de 1950 y 1960. Hacia el fin de la década de 1960, y luego muy claramente en la de 1970, pasaron al primer plano otras dos cuestiones que habían surgido en el periodo de posguerra: el grado en que las ciencias sociales (y en realidad todo conocimiento) eran “eurocéntricas” y por lo tanto el grado en que el patrimonio heredado de las ciencias sociales puede ser considerado parroquial; y el grado en que la arraigada división del pensamiento moderno en las “dos culturas” era un modo útil de organizar la actividad intelectual. A continuación nos remitimos a esas dos cuestiones.

2. El grado en que el patrimonio heredado es parroquial

La afirmación de universalidad, con más o menos calificaciones —relevancia universal, aplicabilidad universal, validez universal—, no puede faltar en la justificación de las disciplinas académicas: es parte de los requisitos para su institucionalización. La justificación puede hacerse sobre bases morales, prácticas, estéticas, políticas, o alguna combinación de todas ellas, pero todo el conocimiento institucionalizado

avanza sobre la premisa de que las lecciones del caso presente tienen importancia para el próximo caso y que la lista de casos potenciales es, para cualquier fin práctico, interminable. Por supuesto que las afirmaciones de este tipo rara vez convencen de una vez y para siempre. Las tres divisiones principales del conocimiento contemporáneo (humanidades, ciencias naturales y ciencias sociales), así como las disciplinas que se consideran componentes de cada una de ellas, han luchado continuamente en una serie de frentes diferentes —intelectual, ideológico y político—para mantener sus distintas afirmaciones de universalidad. Esto se debe a que todas esas afirmaciones son desde luego históricamente específicas, concebibles únicamente desde dentro de determinado sistema social, impuesto siempre por medio de instituciones y prácticas históricas y, en consecuencia, perecedero.

El universalismo de cualquier disciplina —o de grandes grupos de disciplinas— se basa en una mezcla particular y cambiante de afirmaciones intelectuales y prácticas sociales. Esas afirmaciones y prácticas se alimentan mutuamente y son reforzadas a su vez por la reproducción institucional de la disciplina o división. El cambio en la mayoría de los casos adopta la forma de adaptación, una afinación continua, tanto de las lecciones universales supuestamente transmitidas, como de los modos de esa transmisión. Históricamente esto significa que una vez institucionalizada una disciplina sus afirmaciones universalistas son difíciles de desafiar con éxito, independientemente de cuál sea su plausibilidad intelectual presente.

La expectativa de universalidad, por muy sincera que sea su persecución, no ha sido satisfecha hasta ahora en el desarrollo histórico de las ciencias sociales. En los últimos años los críticos han denunciado severamente los fracasos y las inadecuaciones de las

ciencias sociales en esa búsqueda. Las críticas más extremas han insinuado que la universalidad es un objetivo inalcanzable, pero la mayoría de los científicos sociales todavía cree que es un objetivo plausible y digno de perseguir a pesar de que hasta ahora las ciencias sociales han sido parroquiales en un grado inaceptable. Algunos podrían argumentar que las críticas recientemente formuladas por grupos antes excluidos, incluso del mundo de la ciencia social, están creando las condiciones que harán posible el verdadero universalismo.

En muchas formas los problemas más severos han sido los relacionados con las tres ciencias sociales nomotéticas. Al tomar como modelo a las ciencias naturales, alimentaron tres tipos de expectativas que han resultado imposibles de cumplir tal como se había anunciado en forma universalista: una expectativa de predicción, y una expectativa de administración, ambas basadas a su vez en una expectativa de exactitud cuantificable. A veces se pensaba que los puntos más debatidos en el campo de las humanidades estaban relacionados con las preferencias subjetivas del investigador, pero las ciencias sociales nomotéticas se construyeron sobre la premisa de que las realizaciones sociales se pueden medir y que es posible el acuerdo universal sobre las medidas mismas.

Ahora podemos ver retrospectivamente que la apuesta a que las ciencias sociales nomotéticas eran capaces de producir conocimiento universal era realmente muy arriesgada. Porque a diferencia del mundo natural definido por las ciencias naturales, el dominio de las ciencias sociales no sólo es un dominio en que el objeto de estudio incluye a los propios investigadores sino que es un dominio en el que las personas estudiadas pueden dialogar o discutir en varias formas con esos investigadores. Las cuestiones

debatidas en las ciencias naturales normalmente se resuelven sin necesidad de recurrir a las opiniones del objeto de estudio. En cambio la gente (o los descendientes de la gente) estudiada por los científicos sociales ha ido entrando cada vez más en la discusión, por voluntad de los investigadores o no, e incluso en muchos casos en contra de éstos. Esa intrusión ha ido adoptando cada vez más la forma de un desafío contra las pretensiones universalistas. Voces disidentes —especialmente (pero no únicamente) feministas— cuestionaron la capacidad de las ciencias sociales para explicar la realidad de ellas. Parecían decir a los investigadores: “Es posible que tu análisis sea apropiado para tu grupo, pero simplemente no encaja con mi caso.” O bien los disidentes, en un cuestionamiento aún más amplio, enfrentaban el propio principio de universalidad alegando que lo que las ciencias sociales presentaban como aplicable al mundo entero en realidad representaba sólo las opiniones de una pequeña minoría de la humanidad. Además sostenían que las opiniones de esa minoría habían llegado a dominar el mundo del conocimiento simplemente porque esa minoría también dominaba el mundo fuera de las universidades.

El escepticismo acerca de las virtudes de las ciencias sociales como interpretaciones no tendenciosas del mundo humano fue anterior a su institucionalización y apareció en las obras de intelectuales occidentales prominentes desde Herder y Rousseau hasta Marx y Weber. En muchas formas, las actuales denuncias de esas disciplinas como eurocéntricas/machistas/burguesas en cierta medida son una mera repetición de críticas anteriores, tanto implícitas como explícitas, formuladas por practicantes de la disciplina y por personas ajenas a ella, pero antes esas críticas habían sido, en gran parte, ignoradas.

El hecho de que las ciencias sociales construidas en Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX fueran eurocéntricas no debe asombrar a nadie. El mundo europeo de la época se sentía culturalmente triunfante y en muchos aspectos lo era. Europa había conquistado el mundo tanto política como económicamente, sus realizaciones tecnológicas fueron un elemento esencial de esa conquista y parecía lógico adscribir la tecnología superior a una ciencia superior y a una superior visión del mundo. Parecía plausible identificar el éxito de Europa con el impulso hacia el progreso universal. El periodo entre 1914 y 1945 fue de shock, pues parecía desmentir las afirmaciones occidentales de progreso moral, pero en 1946 el mundo occidental cobró nuevos ánimos. El desafío a la universalidad cultural de las ideas occidentales sólo empezó a ser tomado en serio cuando el dominio político de Occidente enfrentó los primeros desafíos significativos después de 1945, y cuando el Asia Oriental llegó a ser una nueva sede de actividad económica sumamente fuerte en la década de 1970. Además ese desafío no provenía únicamente de los que se sentían excluidos de los análisis de las ciencias sociales sino que se originaba también dentro de las ciencias sociales occidentales. Las dudas de Occidente sobre sí mismo, que antes sólo existían en una pequeña minoría, ahora eran mucho mayores.

Es pues en el contexto de cambios en la distribución del poder en el mundo cuando llegó al primer plano el problema del parroquialismo cultural de las ciencias sociales tal como se habían desarrollado históricamente. Representaba el correlato civilizatorio de la pérdida del dominio político y económico indiscutido de Occidente en el mundo. Sin embargo la cuestión civilizatoria no adoptó la forma de un conflicto directo: las actitudes eran profundamente

ambiguas y los estudiosos, tanto occidentales como no occidentales, nunca formaron grupos con posiciones unificadas en torno a la cuestión (posiciones opuestas *a fortiori* a las de otro grupo). Organizacionalmente, los vínculos entre ellos eran complejos. Muchos estudiosos no occidentales habían estudiado en universidades occidentales y muchos más se sentían comprometidos con epistemologías, metodologías y teorizaciones asociadas con estudiosos occidentales. Por el contrario, había algunos científicos occidentales, desde luego muy pocos, que conocían profundamente el pensamiento actual de los científicos sociales no occidentales y habían recibido profundas influencias de ellos.

En conjunto, en el periodo 1945-1970 las opiniones científico-sociales predominantes en Europa y Estados Unidos siguieron siendo dominantes también en el mundo no occidental. En realidad, en ese periodo las ciencias sociales académicas tuvieron un crecimiento considerable en el mundo no occidental, a menudo bajo la égida o con la ayuda de instituciones occidentales que predicaban la aceptación de las disciplinas desarrolladas por ellas en Occidente como universalmente normativas. Los científicos sociales tienen misiones, igual que los líderes políticos o religiosos; buscan la aceptación universal de determinadas prácticas en la creencia de que eso maximiza la posibilidad de alcanzar ciertos fines, tales como conocer la verdad. Bajo la bandera de la universalidad la ciencia intenta definir las formas de conocimiento que son científicamente legítimas y las que quedan fuera de la aceptabilidad. Dado que las ideologías dominantes se definían a sí mismas como reflejo y encarnación de la razón tanto para presidir la acción como para determinar paradigmas supuestamente universales, rechazar esa opinión era consi-

derado como elegir la "aventura" en contra de las "ciencias" y parecía implicar la opción por la incertidumbre en contra de la certeza intelectual y espiritual. Durante ese periodo, las ciencias sociales occidentales continuaron disfrutando de una posición social fuerte y utilizaron su ventaja económica y su preeminencia espiritual para propagar sus opiniones como ciencia social ejemplar. Además, esa misión de la ciencia social occidental resultó enormemente atractiva para los científicos sociales de todo el mundo, para los cuales adoptar esas opiniones y prácticas aparecía como unirse a una comunidad universal de científicos.

El desafío al parroquialismo de la ciencia social desde fines de los años sesenta fue inicialmente, y quizá fundamentalmente, un desafío a su afirmación de representar el universalismo. Los críticos sostuvieron que en realidad era parroquial. Esa crítica fue hecha por las feministas que desafiaban la orientación machista, por los diversos grupos que desafiaban el eurocentrismo y más tarde por muchos otros grupos que cuestionaban otras tendencias que percibían como inherentes a las premisas de las ciencias sociales. Los detalles históricos diferían, pero la forma de los argumentos tendía a ser paralela: demostraciones de la realidad del prejuicio; afirmaciones acerca de sus consecuencias, en términos de tópicos de investigación y objetos estudiados; la estrechez histórica de la base social de reclutamiento de los investigadores, y el cuestionamiento de la base epistemológica de los análisis.

Al analizar estas críticas es importante distinguir el desafío epistemológico del desafío político, aun cuando para muchas personas de ambos lados del debate intelectual los dos estaban vinculados. El desafío político se refería al reclutamiento del personal

(estudiantes y profesores) dentro de las estructuras universitarias (e iba unido a un desafío similar en el mundo político más amplio). Se sostenía que había grupos de todas clases "olvidados" por las ciencias sociales —las mujeres, los pueblos no occidentales en general, grupos de "minorías" dentro de los países occidentales, y otros grupos históricamente definidos como marginales en lo político y en lo social.

Uno de los argumentos principales presentados para terminar con las exclusiones de personal en las estructuras del conocimiento fueron sus potenciales implicaciones para la adquisición de conocimiento válido. En el nivel más simple se decía que la mayoría de los científicos sociales de los últimos 200 años se habían estudiado a sí mismos, como quiera que se definieran; e incluso los que estudiaban a "otros" tendían a definir a los otros como reflexiones de sí mismos o en contraste consigo mismos. De ahí se desprendía claramente la solución propuesta: si ampliamos los alcances del reclutamiento de la comunidad académica, probablemente se ampliará también el campo de los objetos de estudio. Y así resultó efectivamente, como puede verse mediante una rápida comparación de los títulos de los trabajos presentados a las conferencias académicas actuales o los títulos de los libros que se publican actualmente con listas equivalentes de la década de 1950. Esto fue en parte un resultado natural de la expansión cuantitativa del número de científicos sociales y la necesidad de hallar nichos de especialización, pero también fue claramente consecuencia de las presiones por establecer una base social más amplia de reclutamiento de estudiosos y una legitimación cada vez mayor de nuevas áreas de investigación.

El desafío al parroquialismo, sin embargo, ha ido

más hondo que la cuestión de los orígenes sociales de los investigadores. Las "voces" nuevas entre los científicos sociales planteaban cuestiones teóricas que iban más allá de la cuestión de los tópicos o los temas de estudio legítimos, e incluso más allá del argumento de que las evaluaciones son diferentes si se hacen desde perspectivas diferentes. El argumento de esas voces nuevas era también que el razonamiento teórico de las ciencias sociales (y sin duda también el de las ciencias naturales y el de las humanidades) contenía presupuestos que en muchos casos incorporaban prejuicios o modos de razonamiento *a priori* que no tenían justificación teórica ni empírica, y que era preciso elucidarlos, analizarlos y remplazarlos por premisas más justificables.

En este sentido esas demandas formaban parte de una demanda general para abrir las ciencias sociales. Eso no significa que todas las nuevas proposiciones adelantadas en nombre de nuevas teorizaciones fueran correctas o justificables; lo que sí significa es que la empresa de inspeccionar nuestras premisas teóricas en busca de supuestos *a priori* no justificados es eminentemente válida y constituye, en muchos sentidos, una prioridad para las ciencias sociales en la actualidad. Esos nuevos modos de análisis exigen el uso de la investigación, el análisis y el razonamiento para emprender una reflexión en torno al lugar y el peso de la diferencia (raza, género, sexualidad, clase) en nuestra teorización.

En 1978, Engelbert Mveng, catedrático africano, escribió un artículo titulado "De la sumisión a la sucesión" en el que decía: "Hoy el Occidente concuerda con nosotros en que el camino hacia la verdad pasa por numerosos caminos distintos de los de la lógica aristotélica o thomista o de la dialéctica hegeliana. Pero es necesario descolonizar las propias cien-

cias sociales y humanas.”⁶ El reclamo de inclusión, el reclamo de elucidación de las premisas teóricas ha sido un reclamo de descolonización, es decir, de transformación de las relaciones de poder que crearon la forma particular de institucionalización de las ciencias sociales que hemos conocido hasta ahora.

Las diferentes teorías de la modernización identificaron los aspectos de las sociedades tradicionales que contrastan con los de la sociedad moderna, pero en el proceso tendieron a pasar por alto la complejidad de sus respectivos ordenamientos internos. Existen visiones alternativas de conceptos tan fundamentales para las ciencias sociales como *poder* e *identidad*. En una serie de discursos no occidentales pueden detectarse concepciones y lógicas que proponen que el poder es transitorio e irreal, o que la legitimación debe provenir del contenido sustantivo y no del procedimiento formal. Por ejemplo la aplicación del budismo mahayana del concepto de “maya” referido al estado, los poderosos y los clanes dirigentes desmiente la omnipresencia de la lógica del poder que predomina en los discursos monoteístas. El concepto taoísta del “camino” legítimo (tao) entiende la legitimación como una asociación existencial con las realidades caóticas, más allá de la legitimación burocrática del confucianismo. En cuanto a la identidad, los adeptos del budismo mahayánico creen que la identidad no es absoluta y siempre debe ser acompañada por una aceptación de las otras comunidades. En el Caribe (y en otras regiones afroamericanas) las fronteras entre las formas lingüísticas religio-

⁶ Engelbert Mveng, *De la sous-mission à la succession*, en *Civilisation noire et Église catholique/Black civilization and the Catholic Church*, Colloque d'Abidjan, Paris/Abidjan y Dakar, Présence Africaine/Les Nouvelles Éditions Africaines, 1978, vol. 1, p. 141.

sas y musicales, por un lado, y las categorías etnorraciales, por el otro, siempre han sido muy fluidas y los individuos las cruzan con bastante facilidad. Algunos científicos sociales occidentales han descrito peyorativamente la generación de una considerable cantidad de casos de identidad múltiple, pero las poblaciones locales tienden a verlos como una ventaja en lugar de un obstáculo.

Lo que importa aquí no es examinar los méritos de distintas visiones del poder o de la identidad sino más bien sugerir la necesidad de que las ciencias sociales coloquen este debate en los cimientos mismos de sus construcciones analíticas. Si la ciencia social es un ejercicio en la búsqueda de conocimiento universal, entonces lógicamente no puede haber "otro", porque el "otro" es parte de "nosotros", ese nosotros al que estudiamos, ese nosotros que hace el estudio.

En suma, universalismo y particularismo no son necesariamente opuestos. ¿Cómo podemos ir más allá de ese marco limitante? Las tensiones entre universalismo y particularismo no son un descubrimiento nuevo sino el centro de un debate que en los últimos doscientos años ha reaparecido de muchas formas diferentes en las ciencias sociales. El universalismo ha sido atacado como una forma de particularismo disfrazada, y bastante opresiva. Es un hecho que hay algunas cosas que son universalmente ciertas, el problema es que los que tienen el poder social tienen una tendencia natural a ver la situación actual como universal, porque los beneficia. Por lo tanto la definición de verdad universal ha cambiado con los cambios en la constelación del poder.

La propia verdad científica es histórica. Por lo tanto el problema no es simplemente qué es universal, sino qué es lo que evoluciona, y si lo que está en

evolución es necesariamente identificable con el progreso. ¿Cómo pueden las ciencias sociales manejar el hecho de describir y formular afirmaciones verdaderas acerca de un mundo desigual en el cual los propios científicos sociales tienen sus raíces? Las afirmaciones de universalismo siempre han sido hechas por personas particulares, y esas personas generalmente han estado en oposición a personas con afirmaciones rivales. El hecho de que existan visiones particularistas rivales sobre lo que es universal nos obliga a tomar en serio las cuestiones sobre la neutralidad del estudioso. Las ciencias naturales aceptan desde hace mucho el hecho de que el que mide modifica lo medido. Sin embargo, esa afirmación todavía es discutida en las ciencias sociales en las que, justamente, esa realidad es aún más obvia.

Aquí podría ser útil observar que en la reciente discusión acerca del universalismo se han mezclado tres cuestiones: la distinción entre afirmaciones descriptivas y afirmaciones analíticas (que pueden ser ambas verdaderas simultáneamente), la validez de las afirmaciones que reflejan intereses rivales (todas las cuales pueden ser igualmente válidas e igualmente interesadas); y la racionalidad crítica como base de la comunicación académica. Podemos querer distinguir lo que se oculta detrás del universalismo y del particularismo como categorías: como objetos, como objetivos, como lenguajes y como metalenguajes. Traer los metalenguajes al primer plano y someterlos a la racionalidad crítica podría ser la única forma en la que podamos escoger nuestra mezcla de lo universal y lo particular como objetos, como objetivos y como lenguajes.

Si el universalismo, todos los universalismos, son históricamente contingentes, ¿hay alguna manera de construir un universalismo único y relevante para el

momento presente? La solución al universalismo contingente ¿es la de los guetos o la de la integración social? ¿Existe un universalismo más profundo que va más allá de los universalismos formalistas de las sociedades y del pensamiento moderno, y que acepte contradicciones dentro de su universalidad? ¿Es posible impulsar un universalismo pluralista, análogo al panteón de la India donde un mismo dios tiene muchos avatares?

Los que tienen menos poder siempre están, en cierto sentido, en una situación sin salida: no hay respuesta certera a los universalismos predominantes. Si los aceptan como justos, se encuentran excluidos o disminuidos por las premisas mismas de la teorización, pero si vacilan en actuar en función de los universalismos predominantes no pueden funcionar adecuadamente dentro del sistema, ni política ni intelectualmente, y por lo tanto están impidiendo que la situación mejore. La consecuencia es que inicialmente los excluidos van y vienen, política y culturalmente, entre la integración y la separación, y cuando eso se vuelve demasiado agotador, a veces pasan a querer destruir por completo los universalismos presentes. En el momento actual las ciencias sociales enfrentan varios intentos de ese tipo. La cuestión que se nos presenta es cómo abrir las ciencias sociales de manera que puedan responder adecuada y plenamente a las objeciones legítimas contra el parroquialismo y así justificar su afirmación de validez universal o aplicabilidad universal.

Partimos de una creencia muy fuerte en que algún tipo de universalismo es el objetivo necesario de la comunidad de discurso. Al mismo tiempo reconocemos que cualquier universalismo es históricamente contingente en cuanto proporciona el medio de traducción y al mismo tiempo establece los términos de

la discusión intelectual y por lo tanto es una fuente de poder intelectual. Reconocemos además que todo universalismo desencadena respuestas a sí mismo, y que esas respuestas están en cierto sentido determinadas por la naturaleza del (de los) universalismo(s) dominante(s). Y creemos que es importante aceptar la coexistencia de interpretaciones diferentes de un mundo incierto y complejo. Sólo un universalismo pluralista nos permitirá captar la riqueza de las realidades sociales en que vivimos y hemos vivido.

3. La realidad y la validez de la distinción entre las "dos culturas"

Desde 1960 hasta la fecha ha habido dos acontecimientos sorprendentes en las estructuras del conocimiento que provienen de los extremos opuestos que resultan de las divisiones universitarias del conocimiento, pero ambos han cuestionado la realidad y la validez de la distinción entre las "dos culturas". Los descontentos, ya antiguos en las ciencias naturales, con las premisas newtonianas, que pueden remontarse por lo menos a Poincaré a fines del siglo XIX, empezaron a hacer explosión: en la producción intelectual, en el número de adherentes, en su visibilidad pública. Indudablemente esto era en parte resultado del mismo tipo de presión hacia la diferenciación provocada por el puro crecimiento numérico que estaba desempeñando su papel en la agitación existente en las ciencias sociales. Pero lo que es más importante es que era el resultado de la creciente incapacidad de las teorías científicas más antiguas para ofrecer soluciones plausibles a las dificultades que los científicos encontraban al tratar de resolver los problemas referentes a fenómenos cada vez más complejos.

Estos procesos en las ciencias naturales y en las matemáticas fueron importantes para las ciencias sociales en dos sentidos. Ante todo el modelo de epistemología nomotética que se había ido tornando cada vez más dominante en las ciencias sociales a partir de 1945 se basaba principalmente en la aplicación de la sabiduría de los conceptos newtonianos al estudio de los fenómenos sociales. Pero ahora estaba minando el suelo bajo el uso de ese modelo en las ciencias sociales. En segundo lugar, en las ciencias naturales se daban nuevos procesos que destacaban la no linealidad por encima de la linealidad, la complejidad sobre la simplificación, la imposibilidad de eliminar al que mide de la medición, e incluso, para algunos matemáticos, la superioridad de una amplitud interpretativa cualitativa por encima de una precisión cuantitativa, cuya exactitud es más limitada. Lo más importante de todo, esos científicos acentuaban la importancia de la flecha del tiempo. En suma, las ciencias naturales aparentemente comenzaban a acercarse a lo que había sido despreciado como ciencia social "blanda", más que a lo que se había proclamado como ciencia social "dura". Eso no sólo comenzó a modificar el equilibrio de poder en las luchas internas de las ciencias sociales sino que además sirvió para reducir la fuerte distinción entre ciencias naturales y ciencias sociales como "supercampos". Sin embargo, esa atenuación de las contradicciones entre las ciencias naturales y la ciencia social no implicaba, como en los intentos anteriores, una concepción mecánica de la humanidad, sino más bien la concepción de la naturaleza como activa y creativa.

La visión cartesiana de la ciencia clásica describía al mundo como un automaton, determinista y capaz de ser totalmente descrito en forma de leyes causales o "leyes de la naturaleza". Hoy día, muchos científicos

naturales afirmarían que la descripción del mundo debería ser muy diferente.⁷ Es un mundo más inestable, un mundo mucho más complejo, un mundo en el que las perturbaciones desempeñan un papel muy importante, y donde una de las cuestiones clave es explicar cómo surge esa complejidad. La mayoría de los científicos naturales ya no cree que lo macroscópico pueda ser en principio deducido simplemente de un mundo microscópico más simple. Hoy muchos creen que los sistemas complejos se autoorganizan, y que en consecuencia ya no se puede considerar que la naturaleza sea pasiva.

No es que crean que la física newtoniana esté equivocada, sino más bien que los sistemas estables y reversibles en el tiempo, descritos por la ciencia newtoniana, sólo representan un segmento particular y limitado de la realidad. Por ejemplo, describe el movimiento de los planetas pero no el desarrollo del sistema planetario. Describe sistemas en equilibrio o cercanos al equilibrio pero no sistemas que están lejos del equilibrio, aunque éstos son por lo menos tan frecuentes, si no más, que los sistemas en equilibrio. Las condiciones de un sistema que está lejos del equilibrio no son reversibles en el tiempo, como aquellos en los que basta conocer la "ley" y las condiciones iniciales para predecir sus estados futuros. Más bien, un sistema lejos del equilibrio es la expresión de una "flecha de tiempo" cuyo papel es esencial y constructivo. En un sistema de ese tipo el futuro es incierto y las condiciones son irreversibles. Por lo tanto las leyes que podemos formular solamente enumeran posibilidades, nunca certezas.

En consecuencia, la irreversibilidad ya no es con-

⁷ Véase Ilya Prigogine, *Les lois du chaos*, París, Flammarion, 1994.

siderada como una percepción científicamente errónea, resultado de aproximaciones derivadas de la inadecuación del conocimiento científico. Hoy en día los científicos naturales más bien están tratando de extender la formulación de las leyes de la dinámica para incluir la irreversibilidad y la probabilidad. Hoy se piensa que sólo así los científicos pueden tener esperanzas de comprender los mecanismos que, en el nivel fundamental de la descripción, impulsan al universo inquieto del cual formamos parte. La ciencia natural espera, de ese modo, hacer compatible la idea de leyes de la naturaleza con la idea de acontecimientos, novedades y creatividad. En cierto sentido se podría sostener que la inestabilidad desempeña, para los fenómenos físicos, un papel análogo al de la selección natural de Darwin en la biología. La selección natural es una condición necesaria pero no suficiente para la evolución. Algunas especies han aparecido recientemente, otras han persistido por centenares de millones de años. Del mismo modo, la existencia de probabilidades y la ruptura de la simetría temporal es una condición necesaria de la evolución.

La importancia del análisis de sistemas complejos para el análisis de las ciencias sociales tiene vastos alcances. Es muy claro que los sistemas sociales históricos están compuestos por múltiples unidades interactuantes, caracterizadas por el surgimiento y la evolución de estructuras y organizaciones jerárquicas internas, y comportamientos espacio/temporales complejos. Por otra parte, además del tipo de complejidad que presentan los sistemas dinámicos no lineales con mecanismos fijos de interacción microscópica, los sistemas sociales históricos están formados por elementos individuales capaces de adaptación interna y de aprendizaje por medio de la experiencia. Esto

añade un nuevo nivel de complejidad (que comparten con la biología evolutiva y la ecología) más allá de la complejidad de la dinámica no lineal de los sistemas físicos tradicionales.

Los métodos de análisis de sistemas complejos ya se han aplicado en varias áreas, como el problema de la relación entre innovaciones estocásticamente generadas y fluctuaciones económicas de largo plazo, que parecen presentar las características del caos determinista. Además se puede mostrar cómo tecnologías rivales, en presencia de contrariedades crecientes de varios tipos, pueden quedar "encerradas" a pesar de la disponibilidad de alternativas superiores. El marco conceptual que ofrecen los sistemas evolutivos complejos desarrollados por las ciencias naturales ofrece a las ciencias sociales un conjunto coherente de ideas que concuerda con visiones que existen desde hace tiempo en las ciencias sociales, particularmente entre los que se resistieron a las formas de análisis nomotético inspiradas por la ciencia de los equilibrios lineales. El análisis científico basado en la dinámica de no-equilibrios, con su énfasis en futuros múltiples, bifurcación y elección, dependencia histórica y, para algunos, incertidumbre intrínseca e inherente, tiene una resonancia positiva con tradiciones importantes de las ciencias sociales.

El segundo gran desafío a la división tripartita del conocimiento en tres grandes reinos surgió del límite final "humanista" de la tensión entre las dos culturas. Ese desafío provino de lo que genéricamente podríamos llamar "estudios culturales". Por supuesto, cultura era un término utilizado desde mucho tiempo antes, tanto por antropólogos como por estudiosos de las humanidades, pero generalmente no con esta nueva connotación más bien política. El estudio de la "cultura" como una cuasidisciplina hizo explosión

con sus programas, sus publicaciones, sus asociaciones y sus colecciones en las bibliotecas. Este desafío parece incluir tres temas principales. Ninguno de estos temas es nuevo; lo que quizá sea nuevo es la asociación entre ellos, y el hecho de que unidos han mostrado tanta fuerza que están teniendo una influencia muy importante en las instituciones de producción de conocimiento por primera vez en dos siglos, desde que la ciencia, una ciencia determinada, desplazó a la filosofía, una filosofía determinada, de la posición de legitimadora del conocimiento.

Los tres temas que se han conjuntado en los estudios culturales son: primero, la importancia central, para el estudio de los sistemas sociales históricos, de los estudios de género y todos los tipos de estudios "no eurocéntricos"; segundo, la importancia del análisis histórico local, muy ubicado, que muchos asocian con una nueva "actitud hermenéutica"; tercero, la estimación de los valores asociados con las realizaciones tecnológicas y su relación con otros valores. El estudio de la cultura atraía a personas de casi todas las disciplinas, pero particularmente de tres grupos: los estudiosos de la literatura en todas sus formas, porque para ellos legitimaba la preocupación por el escenario social y político; los antropólogos, para algunos de los cuales el nuevo énfasis proponía un campo capaz de remplazar el de la etnografía (o al menos competir con él), que había perdido su papel de dirección dentro de la disciplina; y las personas dedicadas a las nuevas cuasidisciplinas relacionadas con los pueblos "olvidados" por la modernidad (los ignorados en virtud del género, la raza, la clase, etc.), a los cuales ofrecía un marco teórico ("posmoderno") para sus respectivas elaboraciones de la diferencia.

Ya hemos hablado de los intentos por superar el

patrimonio parroquial de las ciencias sociales. ¿Qué se agrega si consideramos esto dentro del cuestionamiento sobre la validez de la distinción entre las dos culturas? En la formulación del problema de las dos culturas siempre había habido un supuesto implícito pero muy real, se implicaba que la ciencia era más racional, "más dura" y más precisa, más poderosa, más seria, más eficaz, y por lo tanto, de consecuencias más importantes que la filosofía o las artes y letras. La premisa latente era que de alguna manera la ciencia era más moderna, más europea y más masculina. Contra esas afirmaciones implícitas reaccionaban los defensores de los estudios de género y de todos los estudios no eurocéntricos al proponer sus visiones y sus demandas en el marco de una revalorización de los estudios culturales.

Básicamente el mismo problema surgía en la cuestión a veces formulada como lo local contra lo universal y otras veces como acción contra estructura. Se afirmaba que las estructuras y lo universal eran impersonales, eternas o por lo menos de muy larga duración y se encontraban más allá del control del esfuerzo humano. Pero no del todo más allá del control de cualquiera: las estructuras parecían ser manipulables por expertos, racionales y científicos, aunque no por las personas corrientes ni por los grupos que tenían menos poder dentro de las estructuras. La afirmación de la continuada eficacia de las estructuras en el análisis de los fenómenos sociales, según se decía, implicaba la irrelevancia de las movilizaciones sociales y por lo tanto de los intentos de los menos poderosos para transformar la situación social. Se decía que lo universal era remoto, mientras que lo "local" era inmediato. La centralidad del género y de la raza/etnicidad para el análisis parecía evidentemente importante en los estudios locales,

pero cuanto más mundial era el estudio, más difícil se consideraba el desarrollar una organización efectiva a fin de presentar perspectivas alternativas, defender intereses alternativos y proponer epistemologías alternativas.

El tercer elemento en la afirmación de los estudios culturales ha sido la expresión de escepticismo acerca de los méritos del progreso tecnológico. El grado de escepticismo ha ido desde las dudas moderadas hasta el repudio extremo de los productos de esa tecnología; ha tomado forma política en la amplia variedad de intereses ecológicos, y forma intelectual en el regreso de los valores al primer plano del análisis académico (lo que algunos podrían describir como el regreso de la filosofía). Frente a la crisis ecológica, las afirmaciones de universalidad de la tecnología han sido cuestionadas. El escepticismo posmoderno empezó a remplazar a la crítica moderna, y casi todas las llamadas teorías grandiosas fueron atacadas en nombre de un modo de teorización sumamente abstracto. El impacto culturalista se hizo sentir en todas las disciplinas. Los enfoques hermenéuticos recuperaron el terreno que antes habían perdido. En distintas disciplinas el lenguaje pasó a ser central en la discusión, como objeto de estudio, y también como clave para la reflexión epistemológica de la disciplina sobre sí misma.

Los estudios culturales han ofrecido soluciones para algunos problemas, pero también han creado otros. La insistencia en el elemento agencial y en el significado ha conducido a veces a un descuido casi voluntarista de verdaderas constricciones estructurales sobre el comportamiento humano. El énfasis en la importancia de los espacios locales puede conducir al descuido de las interrelaciones más amplias del tejido histórico. El escepticismo posmoderno en oca-

siones ha conducido a una posición general antiteórica que también condenaba otras perspectivas igualmente críticas de las limitaciones de un enfoque positivista. Nosotros continuamos creyendo que la búsqueda de la coherencia seguirá siendo obligatoria para una ciencia social histórica reconstruida.

Con todo, el ascenso de los estudios culturales tuvo un impacto en las ciencias sociales que en cierto modo es análogo a algunos nuevos acontecimientos en la ciencia. Así como los nuevos argumentos de los científicos naturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, del mismo modo los argumentos de los defensores de los estudios culturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias sociales y de las humanidades. Esos proyectos culturalistas han desafiado todos los paradigmas teóricos existentes, incluso los que tenían una posición crítica frente a la ciencia social nomotética de la corriente principal. El apoyo a esas posiciones procedía de todas las diversas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales, y eso produjo formas de cooperación intelectual que han ignorado la línea tradicional entre las humanidades y las ciencias sociales.

Antes de 1945 las ciencias sociales estaban interiormente divididas entre las dos culturas y había muchas voces que afirmaban que las ciencias sociales debían desaparecer, fundiéndose ya fuera con las ciencias naturales o con las humanidades, según las preferencias de cada quien. En cierto sentido se pedía a las ciencias sociales que aceptaran la realidad profunda del concepto de dos culturas e ingresaran a una u otra en sus *propios términos*. Actualmente el descubrimiento de temas y enfoques comunes parece estar produciéndose sobre distintas bases que en el pasado. Los

científicos naturales hablan de la flecha del tiempo que es lo que siempre ha tenido un lugar central para el ala más humanista de las ciencias sociales. Al mismo tiempo los estudiosos de la literatura empiezan a hablar de "teoría". Por hermenéutica que sea su teorización y por hostil que se proclame a las narrativas maestras, teorizar no es cosa que los estudiosos literarios acostumbraran hacer. No hay duda de que no se trata del tipo de teoría que siempre ha sido central para el trabajo del ala más cientista de las ciencias sociales; sin embargo, para un grupo que da tanta importancia al uso de los términos, es por lo menos notable que los defensores de los estudios culturales hayan convertido el término "teoría" en una de sus palabras clave.

No se puede hablar de un verdadero acercamiento entre las múltiples expresiones de las dos (o tres) culturas, pero los debates han hecho surgir dudas acerca de la claridad de las distinciones y parecería que avanzamos en dirección a una visión menos contradictoria de los múltiples campos de conocimiento. En una forma extraña, los desplazamientos de los puntos de vista en todos los campos parecen más acercarse que apartarse de los puntos de vista tradicionales de las ciencias sociales. ¿Significa esto que estamos en proceso de superar el concepto de dos culturas? Es demasiado temprano para decirlo. Lo que está claro es que la división tripartita entre ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades ya no es tan evidente como otrora parecía. Además, ahora parece que las ciencias sociales ya no son un pariente pobre, de alguna manera desgarrado entre los dos clanes polarizados de las ciencias naturales y las humanidades: más bien han pasado a ser el sitio de su potencial reconciliación.